

ALBERTO RISO-PATRON SANCHEZ

ENSAYOS
LITERARIOS



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA «VICTORIA», SAN DIEGO, 71.

—
1891

B117 2088-1

ALBERTO RISO-PATRON SANCHEZ

ENSAYOS
LITERARIOS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA «VICTORIA», SAN DIEGO, 71.

—
1891

ALBERTO RISO-PATRON SANCHEZ

PROLOGO

Descansan ya en sepultura amiga recogidos por fraternal cariño los restos de Alberto Riso-Patrón Sanchez, el poeta-soldado muerto en la penosa jornada de Concón el 21 de agosto, en la alborada de la vida por defender las libertades de su patria.

Las flores del cariño y de la amistad, se encargarán de adornar ese recinto y velará su sueño eterno el ángel de la patria que recogió sus suspiros y sus adioses postreros.

Tócanos á nosotros, admiradores de sus precoces dotes intelectuales y que le presagiamos brillante porvenir, recoger en este opúsculo sus composiciones literarias esparcidas aquí y allá en la prensa diaria en la

que colaboró con empeño, ú ocultas en las carteras de apuntes del estudiante, que dedicaba al cultivo de las bellas letras los ratos de ocio que otros entregan á la distracción y al descanso. Queremos ofrecer á su memoria esta corona fúnebre y el público lector podrá juzgar del mérito de los «Ensayos Literarios» del joven escritor muerto á tan temprana edad en esta sangrienta lucha por la restauración de la Constitución y de las leyes.

Alberto Riso-Patrón, nació en Valparaíso, el 14 de marzo de 1871, contaba, pues, solo veinte años. Su respetable madre la virtuosa señora Virginia Sanchez, enriqueció su alma con nobles ejemplos de virtud y de amor á la patria y su padre don Francisco Riso-Patrón, lo educó en esa escuela de sobriedad y de trabajo, que templea y fortifica el carácter y lo prepara para las luchas de la vida. Las distracciones y los juegos de la niñez, tan naturales á esa edad en que el espíritu libre de preocupaciones anhela solo aire, luz y el cariño del hogar, le fueron desconocidas.

Su preocupación constante fué el estudio.

Deseaba cuanto antes escribir para dar

forma á la idea y al pensamiento, á los doce años redactaba, haciendo él mismo las veces de escritor y de tipógrafo, un periódico literario que bautizó con el nombre de «*El Chunchu*» y que repartía entre sus amigos y vecinos de calle. Valiéndose de su afición al dibujo ilustraba también sus páginas para darle mayor interés y aumentar el número de sus lectores. Recorriendo varios de esos ejemplares, no se puede menos de descubrir y admirar la precocidad en sus juicios, la fluidez en el estilo y la riqueza de imágenes del novel periodista, dotes que había mas tarde de cultivar con ventaja en las tareas de la prensa.

Hizo sus primeros estudios en el colegio de Mr. Rafford, obteniendo siempre la distinción de sus profesores é ingresó en seguida al Instituto Nacional. La lectura de los autores clásicos y las lecciones de sus maestros, fortificaron su espíritu, depuraron su gusto literario y perfeccionaron sus trabajos. La mayor parte de sus poesías fueron escritas en los años 86 y 87, siendo alumno de ese establecimiento.

Alberto Riso, tenía inclinaciones por la

política, se interesaba por los debates ardientes de la Cámara, seguía á los caudillos de su bandera y en la barra del Congreso, en los meetings y clubs, hacia propaganda ardiente de sus ideas liberales. Fué de los primeros que, cuando se nubló el horizonte político, cuando la estrella solitaria de Chile que alumbraba el camino de su gloria pareció eclipsarse, corrió á ocupar su puesto de lucha y combate por la regeneración de esta tierra que tanto había engrandecido Prat en las aguas de Iquique con su sublime sacrificio.

Con esa energía que dá la convicción honrada, con ese entusiasmo que presta la juventud á la defensa de sus ideas, fué el primero que ocupó las cárceles con que se pretende amortiguar el pensamiento que anhela lo infinito y que espase su luz aun al través de las lóbregas rejas de oscura prisión.

Fué miembro asiduo del comité de jóvenes que se reunía diariamente en el Club de Setiembre y que por la prensa y en polémicas ardientes invitaba al pueblo á sacudir su antigua inercia y á interesarse por el por-

venir de la patria. Su alegoría titulada el «Ultimo abencerrage» es una burla fina y un sarcásmo cruel del despotismo y de la decadencia política de Chile.

Cuando el primer grito de guerra resonó abordo de la nave almirante y que la juventud corrió á enrolarse en las filas entusiastas del ejército constitucional, no permaneció Alberto Riso indiferente sino que disfrazado, burlando la vigilancia del espía, pidiendo su protección á las sombras de la noche, llevaba correspondencia, estimulaba á los indiferentes y hacia labor fecunda por el triunfo de la causa que con tanto denuedo defendía.

Los meses avanzaban, la incertidumbre de los primeros momentos se acrecentaba al ver los preparativos formidables de la defensa. Se necesitaba abandonar la pluma, empuñar el rifle y correr á ofrecer la sangre jenerosa por la libertad de la patria.

Era llegado el momento de la acción y Alberto no trepidó.

Inútiles fueron las advertencias cariñosas de su familia, las súplicas de su madre que con heroicidad espartana habia visto partir

al mayor de sus dos únicos hijos, abandonando su destino y los halagos del poder para enrolarse en las filas del ejército constitucional.

En una carta de despedida, dirigida con fecha 30 de junio, escrita con ese noble ardor de que la juventud ha dado brillante muestra escribe á su madre, citándole este sublime párrafo de Cicerón dirigido á Catalina que se le quejaba de haberle tan rudamente tratado y que lo calificaba de ingrato: "Me llamas ingrato, porque habrias querido que fuera ingrato para con mi patria por no parecer ingrato para contigo. Antes que la familia y que cualquier interés, agrega, está la patria á la que sacrificaré toda mi vida. Ud., concluye, como la madre de los Macabeos y de los Gracos, que sentian no tener mas hijos para sacrificarlos por la libertad de su patria, debe estar orgullosa de que sus hijos cumplan con su deber de patriotas y de ciudadanos."

A los pocos dias se embarcó con destino al norte y sentó plaza en la columna de Rifleros en los momentos en que la expedición hacia rumbo al sur, empujado por el patrio-

tismo y henchida el alma de esperanzas á romper las cadenas que ataban á la madre patria.

Cayó en Concón, atravesado por bala traidora al querer vadear con el arma al brazo, el caudaloso Aconcagua. Un amigo generoso y compañero de filas recogió con piadosa solicitud sus restos y colocó al cubrirlos una sencilla cruz con esta inscripción: «Alberto Riso-Patrón, agosto 21 de 1891.»

Así cayó el joven y valeroso soldado de la causa constitucional, la suerte inconstante de la guerra lo escogió como víctima sacrificada en aras de la libertad y del derecho.

Alberto Riso-Patrón, tenía el sentimiento y la inspiración del verdadero poeta. Admiraba á la naturaleza en lo que tiene de mas bello y de mas ideal, y trasladaba al papel sus impresiones con la misma felicidad con que el pintor diseña esos contrastes de sombra y luz que forman la armonía de sus cuadros. Cantó al mar en su apacible calma cuando surca feliz sus ondas la barca del pescador olvidado de cuitas y de penas; cantó á su patria en el aniversario de sus su-

blimes epopeyas y cantó á la mujer, esa mujer ideal de sus sueños y de sus devaneos. En «Fantasías» hay mucho del fuego y de la inspiración de Espronceda sin ese frío materialismo. Son los deseos de un corazón apasionado que busca su ideal que cree encontrarlo, que lo llama con vehemencia, necesitando suspiros, caricias y besos. Recomendamos al lector de este prólogo la lectura de esa sentida y bellísima composición. Pero no solo cultivó el género sério, sino el festivo y jocoso. En sus composiciones «La Lora,» «Ratos de Esplín,» etc., revela gracia picaresca y facilidad para este género de poesía. Cultivó con igual felicidad la prosa, y sus escritos aunque correctos en la forma, se recienten de la falta de un juicio enteramente formado y de las imprevisiones consiguientes á su temprana edad. Varios de estos artículos los ha registrado la prensa diaria.

Tal fué la vida del joven lleno de esperanzas para la patria y su familia, tan prematura aunque gloriosamente arrebatado por la muerte.

Duerme en paz, joven héroe, las flores de tu tumba no se marchitarán por el helado

soplo de la ingratitud ni se secará el follaje del verde ciprés que cae lloroso sobre tu loza funeraria. Estas páginas que consignan las producciones de tu ingenio, consagran al mismo tiempo cariñoso recuerdo á tu memoria.

UN AMIGO.

ARTICULOS NECROLOGICOS DE LA PRENSA

ALBERTO RISO-PATRON SANCHEZ

El Ferrocarril

En esta lucha gigantesca contra ominosa tiranía, la juventud chilena ha escrito con su heroísmo una de las mas brillantes páginas de la patria historia. Los campos de Concón y la Placilla, regados por su sangre jenerosa, servirán de estímulo y de ejemplo á las futuras jeneraciones, y el extranjero que pise nuestras playas oirá con admiración el relato de las hazañas llevadas á cabo por los jóvenes héroes en defensa de la Constitución y de las leyes de su patria. Pero esta campaña proseguida dia á dia con incansable tesón durante ocho largos meses, cuesta á la República muchos sacrificios y muchas lágrimas; ¡cuántas esperanzas desvanecidas! ¡cuántos

hijos arrebatados al calor del hogar y al cariño de sus padres! ¡cuántos sueños dorados oscurecidos por la sombra de la muerte! Libertad, á qué caro precio te has hecho pagar tu rescate. A medida que pasan los días y se oye con relativa calma los episodios de esta leyenda heróica, sentimos orgullo de haber nacido en esta tierra y damos gracias á la Providencia, que vela de manera tan manifiesta por los destinos de Chile.

Entre esa brillante pléyade de jóvenes guerreros hay algunos que descuellan por su entusiasmo, por la decisión en la defensa de la causa del órden constitucional y por la entereza con que propagaban sus principios. Uno de ellos, es el joven héroe cuyo nombre encabeza estas líneas, muerto en Concón al atravesar el Aconcagua en momentos que sus compañeros embestian con empuje irresistible las al parecer inespugnables fortalezas del dictador. Pertenecia á la columna de rifles en cuyas filas ha muerto.

Alberto Riso-Patrón ha sucumbido en los albores de la vida.

Era casi un niño, cumplia apenas veinte

años. Pero á tan temprana edad, como todos los caracteres levantados, el suyo se habia formado en los azares de la lucha y de la fortuna á veces tan avara y caprichosa. El joven estudiante suavizaba sus asperezas y distraía sus ocios de la vida de las aulas con la literatura y el cultivo de las bellas letras, á las que profesaba ardiente adhesión y simpatía. Era poeta de sentimiento y de corazón, y tanto en sus composiciones serias como en las festivas, descubre inspiración, versificación fácil, riqueza de colorido y juiciosa observación. A los catorce años ya descubria Alberto Riso-Patrón sus gustos literarios y á esa edad redactaba un periódico destinado á circular entre sus compañeros de colegio llamado «*El Chunchu,*» periódico, según expresa el joven periodista, destinado á combatir el fraude, la ilegalidad y la injusticia. Años después ingresaba en el Ateneo que celebraba sus veladas en el Club del Progreso, y cuando la juventud inició su brillante campaña en defensa de los fueros del Congreso, fué de los primeros que ocupó un puesto de combate; y en el club, en la tribuna y en la prensa, hizo fuego contra la tiranía.

Fué de los primeros también que pobló las cárceles con que la dictadura castigó las espontaneas manifestaciones de la libertad y del pensamiento.

Por la asiduidad y entereza con que defendía sus convicciones, por la valentía con que las propagaba, fué llamado á ocupar un puesto en las filas del comité de jóvenes que funcionaba en los salones del Club de Setiembre y permaneció en ese puesto hasta que este recinto fué cerrado por orden de la dictadura.



Alberto Riso-Patrón Sanchez no se conformó con su rol de pasivo aunque glorioso defensor de los principios constitucionales. Ansiaba un campo mas vasto y espiaba toda ocasión para ofrecer á su causa el contingente de su brazo y el sacrificio de su vida. Venciendo mil dificultades, desoyendo toda insinuación, marchó al norte á fin de ingresar en el ejército constitucional. Cayó en Concón como bueno y leal, conquistando para su nombre la brillante aureola de la inmortalidad. Deja como testamento de gloria un libro inédito de sus poesías y de sus trabajos

literarios que mas tarde ha de ver la luz pública y de cuyo examen nos hemos de ocupar mas tarde, dados los estrechos límites de este artículo necrológico.

La tumba del poeta soldado prematuramente abierta, será regada por las lágrimas de la amistad y la patria agradecida grabará en la losa que guarde sus restos mortales este sencillo epitafio: "Muerto en defensa de la libertad."

UN AMIGO.

ALBERTO RISO-PATRON

El Heraldo

El primer número de *El Heraldo* apareció el día 2 de enero de 1888 y fué llenado casi exclusivamente por don Enrique Valdés Vergara y el que esto escribe, con los apuros consiguientes al primer número de un diario que es impreso en establecimiento ajeno, el que pertenecía al laborioso industrial alemán, don Guillermo Helfmann, rey, puede decirse, de los dueños de imprentas de Valparaiso, y caballero en quien la dirección de *El Heraldo* encontró siempre cortesía y bondad.

Se trabajó desde el principio porque *El Heraldo* no fuese un diario seco, un boletín de impresiones calcadas sobre viejos patrones, una hoja de círculo, un tambor sin banda y con sargento mayor, y se procuró por

eso llamar á la redacción á cuantos quisieran decir algo nuevo, crear una nueva forma de política y de dicción comercial, y entre esos reclutas del pensamiento y de la propaganda se presentó Alberto Riso--Patrón, un muchacho de 15 años, listo, espiritual, travieso, estudioso, un verdadero periodista del porvenir por intuición y por actividad de espíritu.

Cuando le vimos, nos pareció que aquel niño se habia escapado de la escuela y llegaba á nuestra imprenta nada mas que por hacer la cimarra. Estuvimos por decírsele así y despacharle á su casa ó á su escuela, sin pedirle las pruebas de que sabia escribir ó de que serviría para ello á la vuelta de algunos años. Le invitamos á sentarse y conversamos con él durante una larga hora, en que nos habló de literatura, de historia, de política, de física, de sociología, de moral, de los escritores chilenos, franceses, alemanes, ingleses y españoles, con una soltura y desembarazo que nos admiró. Hasta profeta resultó ser aquel imberbe, pues concluyó por decirnos acerca de lo que entonces aparecia ya en el gobierno:

—Esto no se mejorará sino con una revolución.

En ese momento llegó á interrumpirnos uno de los repórters del diario que traía copia del indigesto libro de los sucesos diarios de la policía, copia que entregamos á nuestro joven amigo para que le diera carne, sangre y vida con el lenguaje de su propiedad.

Alberto Riso-Patrón se apoderó de esos papeles, los devoró con la vista, cogió una pluma y los vació en unas cuantas carillas de papel modelado en un estilo y forma de su exclusiva invención. Y á la prensa con ellos.

Y siguió escribiendo al vapor, día á día, haciendo él la tarea del soñador Ruben Dario que perdía horas con la vista fija en un punto matemático é invisible, buscando talvez asunto á alguna de esas composiciones cuyo marco era un arroyito de cambiantes piedras preciosas, con fondo de nubes doradas y mariposas diminutas.

Cuando no escribía, traducía del francés, recortaba diarios extranjeros, charlaba de prisa como si le fueran corriendo y apurando para que vaciara luego y muy luego su

pensamiento. Era chistoso y jovial, y sus conceptos estaban salpicados de observaciones llenas de gracia é injénio.

Por una intuición mui rara en jóvenes de su edad, conocia el lado ridículo de algunos de nuestros hombres públicos á quienes caracterizaba en frases cortas y espresivas. No le gustaba conversar con niños de su edad, y prefería siempre la sociedad de personas graves, no de los tontos graves, según la espresión de Pedro N. Préndez, con quienes no hay que confundir á los primeros.

Recordamos que un dia llegó á su mesa uno de esos opúsculos con que don Pedro Pablo Figueroa ocupaba al correo y á los impresores, le cogió, le abrió al acaso y dijo:

—Ya le leí.

—¿De qué trata? le preguntamos.

—De lo que es don Pedro Pablo como escritor, contestó sin vacilar.

Esa respuesta es uno de los retratos mas parecidos que hayamos visto en toda nuestra vida.

Vivo como una ardilla, jamás se mezclaba en asuntos que no le correspondian. No

era intruso, según una espresión vulgar. Sabía esperar su turno con una prudencia superior á sus años.

A los cuatro ó cinco meses se alejó de nosotros y se fué á Santiago, para seguir sus estudios en la Universidad, y desde la capital solía escribirnos cartas alegres ó reflexiones en que aparecía siempre el muchacho liberal, ingenioso y trabajador. Nos daba cuenta de sus estudios, de las sociedades literarias á que pertenecía, de la situación política y de sus esperanzas. La prensa seguía siendo su ideal acariciado, y colaboraba en varios diarios, siempre del lado de la buena causa, y profetizando siempre como *El Herald*, que se marchaba al abismo en velocísimo tren espreso.

Cuando la dictadura llegó, hizo en él una de sus primeras víctimas, y preso se condujo como en la libertad, sereno, altivo, espiritual y lleno de confianza en el porvenir.

Cuando pudo irse al norte no escribió mas; pidió su puesto entre los que se batiarian; se batió y murió de los primeros en Concón de un balazo que recibió en la fren-

te, cuando con los de la brigada vadeaba el caudaloso Aconcagua.

No hubo quien no llorara á aquel niño tan impetuoso frente al fuego y tan reposado en el estudio y en la mesa de redacción, y de cuantos le conocimos en Valparaiso no hay tampoco quién no le recuerde con amor y con tristeza.

A su memoria están dedicadas estas líneas por uno que fué su amigo y á quien él se complacía en llamar su indulgente maestro.

MÁXIMO CUBILLOS

ALBERTO RISO - PATRON

POETA

Libertad Electoral.

Un caballero que fué amigo personal del malogrado joven, cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, ha tenido la amabilidad de enviarnos algunas de las poesías que dejó inéditas el valeroso defensor de las instituciones patrias.

En la carta remitora de las poesías, el caballero á que aludimos se espresa, refiriéndose á ellas, en estos términos:

«Dejan las poesías presentes un brillante poeta: la delicadeza de concepción, la sensibilidad esquisita, la corrección de la forma campean en sus inspiradas composiciones.

«Y cuando se piensa que quien eso escribió era casi un niño, podriase asegurar, sin temor de cometer yerro, que en no remotos días hubiese el autor llegado á la gloria del

triunfo, pues á las condiciones anteriores unia constancia firme para el estudio y deseo vehemente—poco común en los jóvenes del día—de adquirir bien cimentada ilustración.»

Empezamos hoy la publicación de estas pocas poesías, publicación que continuaremos en nuestros números posteriores:

A ORILLAS DEL MAR

¡Qué suave y poético misterio
Presta la luna al sosegado mar!
¡Qué frescura agradable en el ambiente!
¡Cuántas estrellas en el cielo hay!

Por allá voltejeando una chalupa
Del feliz y paciente pescador;
Acá rasgando el aire con su grito
Dos gaviotas que vuelan de otra en pos.

Una luz se divisa en lontananza
De un barco que se pierde en alta mar;
Todo es paz, todo es calma y poesía,
¡Todo invita a venir aquí á pensar!

Ese oleaje monótono, incesante,
Es igual á la humana condición;
Ese mar, con sus calmas y sus luchas,
Es la vida que Dios nos deparó!

¡Quién pudiera morir como esa ola
Que hacia la playa murmurando va,
Sin dejar otro ruido por el mundo
Que el amoroso beso al estallar!

¡Quién pudiera morir como un suspiro,
Como una ténue nota musical,
Como esas gotas que levanta el remo,
Como el áura que vaga por el mar!.

¡Quién pudiera morir como esa ola
Que hacia la playa murmurando va,
Como esas gotas que levanta el remo,
Como el áura que vaga por el mar!

Santiago, noviembre 14 de 1891.

¡Cuán diferente muerte, de la por él so-
ñada tuvo!

A MI CORAZON

No latus, corazón, vuelve á tu calma
Porque habrás de jemir con desconsuelo;
No latus, corazón, deja que el alma
Tranquila duerma sin mortal desvelo:
Piensa que en cierto dia
Con lágrimas perdiste tu alegría.

Quizás, infeliz, tus marchitadas flores
Al soplo de esperanza retoñaron,
Y buscas como un tiempo en los amores
Las dichas que engañosas te arrullaron:
Dichas, quimera vana,
Flores lozanas hoy, polvo mañana!..

JUAN DEL MAPOCHO.

Santiago, de 1887.

ALBERTO RISO-PATRON

El Ferrocarril

Hoy fueron conducidos al Cementerio General, con lujoso acompañamiento, los restos de este joven intrépido, muerto en defensa de su patria.

Antes de ser depositados en la tumba, el señor don Francisco J. Flores, capitán de Granaderos, pronunció el discurso que á continuación insertamos:

«Yo conocí, señores, y aprecié en lo que valia á este heróico joven, cuyo último suspiro recogieron las auras del Aconcagua, cuando sereno y resuelto cruzaba su corriente airada, al hombro el rifle y repleta de municiones la canana, para ir á batir en sus mismas guaridas á los ambrientos chacales que formaban el séquito y eran el sostén de la Dictadura.

Y tan de cerca lo conocí, que hoy siento profundamente apenado el corazón al ver que llega cadáver yerto el cuerpo que ví animado por una alma rica en viveza y en sentimientos nobles y elevados.

Alberto Riso-Patrón pertenecía, señores, á esa juventud cuyo recuerdo debió acompañar al Dictador, mortificante hasta la postrera hora de su última noche, porque, ella fué la que levantó el espíritu público en su contra con su palabra sincera y su actitud levantada, y ella fué también la que, para probar la justicia de nuestra causa rindió heroicamente su vida en Concón y en la Placilla, y cayó como mártir y valiente en la traidora y cruel emboscada de *Lo Cañas*.

Porque, sabed señores, que hay justicia en toda causa que abraza ardientemente la juventud, hasta cuyos corazones no puede llegar ni la corrupción política ni la miseria humana que emponzoñan el alma de muchos que han cruzado ya los umbrales de esa edad florida y risueña, en cuyos bellos albores nuestro joven amigo ofreció su vida por la salvación de las leyes de su patria.

Mirad, si es grande, señores, esa hazaña

y decidme después si esa tumba solitaria no es desde hoy digna de llevar la leyenda espartana que inmortalizó las Termópilas. Volved después los ojos á la patria y decidle que tiene razón sobrada para interrumpir la celebración y el regocijo del triunfo, y dar rienda suelta al sentimiento y al llanto, porque es cruelmente doloroso estrechar el cadáver de un hijo que era una de sus joyas mas preciadas y una de sus mas seguras esperanzas.

Patria mia, haces bien y cumples como madre amantísima, echando sobre tu bello y lloroso semblante el crespón de luto y dolor.

Llora, porque merece tus lágrimas el sacrificio de tu hijo, que venimos á dejar aquí para que en la soledad, los ángeles que velan por tu suerte y porvenir, velen también su sueño eterno».

En seguida hablaron otros caballeros cuyas composiciones no hemos podido conseguir. No así la del joven don Tomás Osandón O'Shee, quien se espresó en estos términos:

«Es esta sepultura que se abre, la que va

á guardar para siempre los restos queridos de Alberto Riso-Patrón.

La muerte tronchó esta existencia juvenil en momentos de prueba para la patria, cuando la tiranía entronizada en nuestra tierra, nos arrebatava la libertad, los derechos de ciudadano, ofendiendo nuestra dignidad de hombres y nuestro patriotismo de chilenos.

Por eso vimos que todos los mas ilustres ciudadanos, los jóvenes, abnegados defensores de la ley, corrieron presurosos al campo constitucional á sacrificarse hasta el martirio.

Entre esa brillante juventud aparece la figura simpática de Alberto Riso-Patrón. Joven de diezinueve años, como se vé, un niño; pero con todas las convicciones y sentimientos de un hombre maduro.

Durante su vida de estudiante, que aun no abandonaba, dedicóse á robustecer su espíritu, adquiriendo sanas ideas y principios, y templó su alma con todas aquellas cualidades que hacen de los hombres un tesoro de delicadeza y de bondad.

Publicó artículos en los diarios y revistas escribió muchas composiciones de costum-

bres, algunas de las cuales vieron la luz pública.

Durante la campaña política de 1890, antes de empezar la guerra civil, fué de los primeros en secundar el movimiento patriótico que entonces se operaba, combatiendo con rigor y energía en los clubs, meetings, etc., las doctrinas erróneas, los abusos y atropellos del Gobierno.

Mas tarde, cuando fué necesario tomar un fusil, Alberto Riso-Patrón no omitió sus servicios, salvó las cárceles, burló la vigilancia de los esbirros y se incorporó al ejército constitucional, en cuyas filas habia de encontrar muerte gloriosa.

De este modo terminó su existencia aquel niño valiente y abnegado, abandonando sus ilusiones, su familia, relaciones de amistad y hasta su porvenir glorioso, por servir á su querida patria.

La historia registrará mañana, en las páginas que ella consagre á los redentores de esta tierra querida, el nombre de Alberto Riso-Patrón. Bendita sea su tumba y aprovechado sea su ejemplo».

PRIMERA PARTE



POESIAS



A ORILLAS DEL MAR

¡Qué suave y poético misterio
presta la luna al sosegado mar!
¡Qué frescura agradable en el ambiente
¡Cuántas estrellas en el cielo hay!

¡Por allá, voltejeando una chalupa
del feliz y paciente pescador!
Acá, el aire rasgando con sus alas,
dos gaviotas que vuelan de otra en pos!

Una luz se divisa allá á lo lejos
de un bagel que se pierde en alta mar:
¡todo es paz, todo es calma y poesía!
¡todo invita á venir aquí á pensar!

Ese oleaje monótono, incesante,
es igual á la humana condición:
ese mar, con sus calmas y sus luchas,
es la vida que Dios nos deparó!

¡Quién pudiera morir como esa ola
que hacia la playa murmurando va,
sin dejar otra huella por el mundo
que el doliente gemido al estallar!

¡Quién pudiera morir como la estela
que nuestra barca va dejando atrás,
como esas gotas que levanta el remo,
como esa aura que vaga por el mar!...

1887.

A UNA COQUETA

¡Siempre sonríes, dichosa!
¡Nunca te he visto sufrir!
Y esa tu boca preciosa
no sabe hacer otra cosa
que reír... y sonreír...

¿Acaso tú no has sentido
el fuego de una pasión,
ese misterioso fluído
que hace latir conmovido
el amante corazón?

¿Por qué eres indiferente
al cariño y al placer?
¿Por qué no brilla en tu frente
ese amor puro y ardiente
que agita á toda mujer?

Un corazón sin amor
es cual balanza sin fiel,
cual astro sin esplendor,
cual violeta sin olor,
cual artista sin pincel!

Cual desierto sin palmera
y arco iris sin colores,
cual ave sin compañera,
cual año sin primavera,
cual primavera sin flores!

Ama, pues, niña querida,
como ama toda mujer;
que el amor que no se olvida
es el alma de la vida
y la fuente del placer!

1887.

A UN AMIGO SUICIDA

Cortaste, pobre amigo, el hilo frágil
que á esta vida monótona nos ata,
y quisiste morir por una ingrata
que no correspondía tu pasión...
Y sintiendo las ansias de la muerte,
y sintiendo el hastío de la vida,
levantaste la mano del suicida...
y cesó de latir tu corazón!...

¿Por qué en un raptó de dolor inmenso
se cegó tu razón antes serena?
¿Por qué, vencido por la negra pena
creíste que el descanso es el morir?
Ni los dulces consejos que tu madre
te prodigara desde que eras niño,
ni la amistad, ni el lazo, ni el cariño,
nada hiciéronte, nada, desistir!

El suicida es cobarde y egoista;
es gladiador que huye de la arena,
y con razón el mundo le condena,
cual condena al soldado desertor!
El deber de todo hombre aquí en la tierra
es luchar con tensión hasta la muerte,
y si al fin es vencido por la suerte,
caer siempre luchando con honor!

Si el tedio ó el dolor nos desesperan,
si el destino nos brinda sólo abrojos,
si no tenemos ¡ay! ante los ojos
ni una estrella que alumbre el porvenir,
¡no desmayar! valor, fe y esperanza!
La contienda no dura eternamente,
y al fin, entre las nubes, esplendente,
el sol de la victoria ha de lucir!

¡Pobre de aquél que en la gigante lucha
no cumplió su misión con noble empeño!
El suicida infeliz, su último sueño
rodeado de fantasmas dormirá!
No habrá un cruz en su escondida tumba
ni habrá una mano tierna y cariñosa
que arranque las malezas de la losa,
en que el sucio reptil se esconderá!

¡Ah! pobre amigo, con pesar recuerdo
las puras ilusiones que te hacías
en esos dulces y encantados días
en que corrió tu corta juventud!
¡Todo, todo pasó! ¡Destino infausto!
Hoy miro tu cabeza recostada
entre los pliegues de sangrienta almohada,
y esperándote, á un lado, el ataúd!

¡Cuánta esperanza, é ilusión, y ensueño
por la muerte tronchados en un día!
¡Ay! esos ensueños de oro todavía
parecen en tu frente jugar!...
Impregnado de amor y de tristeza,
guardaré en mi memoria tu recuerdo:
¡amigo, adiós! Ahora que te pierdo
sé lo que es el dolor, lo que es llorar!

1889

DUERME EN PAZ

Otra vez vuelvo al triste cementerio,
transido de dolor...

El mismo es el ciprés callado y negro,
tan triste siempre... cual mi corazón!

Llorando un día aquí dejé á mi amada
sola su tumba hallé...

Ni una flor, ni una cruz, ni una corona:
sólo un sauce á su lado y un ciprés!

¿Qué se hicieron las flores que aquí puse
y que el llanto secó?

¿qué la cruz, que sus brazos protectores
en la tumba extendía con amor?

No sientas, dulce amiga, en tu retiro
tan triste soledad;

espérame, que ya dentro de poco
aquí vendré, á tu lado, á descansar!

1888.

1.º DE ENERO

I

¡Un año más, rodado en la pendiente
de esta vida de lucha y de dolor!
Yo sigo mi camino indiferente,
la huella del dolor sobre la frente,
con la duda y el tedio el corazón!

¡Cuán ligeros pasaron esos días
de inocencia, de dicha y sencillez!
¡Cómo pienso en mis noches tan sombrías
en aquellas fugaces alegrías
que llenaban mi alma de placer!

¡Todo, todo pasó, como la hoja
que bramando arrebató el huracán,
como la estela que la nave arroja
y tan sólo el dolor y la congoja
quedaron en mi alma, sin fé ya!

¿Por qué el dolor, por qué la duda impía
se ensañaron así en mi corazón?
¿Y por qué abrióse aquella tumba fría
para tragar á la que yo quería?
y la que tanto amé, ¿por qué murió?

Nada me queda ya, nada me importa
sinoirme con ella á descansar;
que sea mi existencia larga ó corta
no quedará por ello mi alma absorta;
que insensible el dolor me ha vuelto ya!

II

¡Lo tengo tan presente! Yo era un niño:
en mi estrella confiado y en mi fe,
con el alma tan pura como armiño,
henchido de esperanza y de cariño,
la senda de la vida comencé.

Poco á poco del mundo ante mis ojos,
la imagen, tal como es, se presentó;
y las flores cambiáronse en abrojos,
y en las zarzas y espinas, con enojos,
ví quedar desgajada mi ilusión!

Ví que el mundo era feria, donde todo se vendía, cual vende un mercader; así aunque se manchase uno con lodo, se conseguía allí, de cualquier modo, la conciencia, el honor y la honradez!

La Razón se elevaba en los altares donde á Dios veinte siglos se adoró: el profético MANE, THECEL, PHARES no acallaba el festín ni los cantares ni robaba el placer al corazón!

Todo, todo por oro se vendía; el oro doblegaba la virtud; hasta á la pura y virgen poesía se compraba con oro, cual un día á Cristo se compró, para la cruz!

Cual serpiente que infiltra su veneno, al mundo corrompía la maldad. ¡Sólo ví, de mi vida en el estreno, por todas partes podredumbre y cieno, por doquiera egoísmo y deslealtad!

Los dolores helaron mis pasiones; la impía duda me robó la fe; me quitaron las duras decepciones

mis más caras y dulces ilusiones
y el anhelo de gloria y de saber!...

III

Al beber yo el acíbar de la vida
su terrible amargor quise endulzar,
y sentí una ansiedad mal reprimida,
y era que mi alma, con otra alma unida,
deseaba latir, deseaba amar!

Una mujer me quiso, y yo, ¡ay! confiado
y amante le entregué mi corazón:
¡si creía soñar cuando á su lado
ella me repetía:— Sí, mi amado,
jamás, te juro, he de olvidarte yo!

Yo la quería con amor violento
y fiel creía en su pasión falaz,
sin saber que el amante juramento
es flor seca llevada por el viento,
es estela de nave por el mar!

IV

Hoy prosigo el camino de mi vida,
sin dichas, sin amor, sin porvenir;

nada me importa, nada me convida,
ni aún la quimera de ambición cumplida...
¡ni aún ya tengo valor para sufrir!

Siga el mundo rodando en la pendiente
de esta vida de lucha y de dolor;
yo sigo mi camino indiferente,
la huella del dolor sobre la frente,
con la duda y el tedio el corazón!

1888.

LA LUCHA DE LA VIDA

¡Despierta, juventud, de tu letargo
y sacude la inercia
que el noble corazón mantiene helado
y el pensamiento enerva!

¡Corre á ocupar tu puesto en el combate
secular de la idea,
donde luchan la ciencia y la ignorancia,
la luz y las tinieblas!

Corre á llenar los claros de los muchos
que caen en la brecha!
¿Qué importa que un escéptico ó un cobarde
deserte en la pelea?

¡La vida es luchar! Desde la cuna
hasta la fría tierra,
el hombre busca un ideal soñado
y que alcanzar espera:

Oro el avaro, y el austero fraile
la salvación eterna,
el soldado victorias y laureles,
el amor, el poeta!

En la lucha gigante de la vida
todos, todos pelean
y vence el que ha luchado con denuedo,
con tesón y paciencia!

¿Qué importa que una atmósfera asfixiante
se respire doquiera?

¿Qué importa que las flores se marchiten
y se desprendan secas?...

¿Qué importa que el error, nuestro enemigo,
nos deprima y zahiera,
si nosotros tenemos la justicia,
el valor y la fuerza?

¡De pie la juventud que se levanta!
¡No más torpe indolencia!
Y luchemos constantes por el triunfo
de las grandes ideas!

Combatamos al torpe fanatismo,
que ultraja la conciencia,

hasta triunfante ver sobre sus ruinas
flamear nuestra bandera!

Luchemos con tesón infatigable
por que luego no sea
la hermosa libertad, en nuestra patria,
utópica quimera!

¡Despierta, juventud, de tu letargo
y acude á la pelea,
hasta que luzca un sol que con sus rayos
disipe las tinieblas!

1888

18 DE SETIEMBRE

¡Oh Padres de la Patria,
de esta Patria antes débil, ahora grande!
hoy que contento el corazón se expande
y se entrega á merced de la alegría;
hoy que el cañón, al despuntar el día,
nos recuerda sonoro,
elevando su ronca voz al cielo,
el gran día inmortal en los anales,
en que, en pobres pañales,
nació la libertad en nuestro suelo;

hoy que pronuncia el labio
vuestros preclaros nombres, reverente:
dadme un rayo de luz para mi mente,
un rayo de esa aureola que circunda
con claridad espléndida y fecunda
vuestras gloriosas testas;



que si ese rayo fúlgido me inspira
y da brillantes formas á mi idea,
vuestra magna tarea
cantaré al són de mi modesta lira!

Hacia ya tres siglos
que vegetaba débil é ignorante
el chileno, en la atmósfera enervante
de sombras, de barbarie y tiranía;
hasta que al fin, ansiado llegó el día
del despertar del pueblo,
que contempló en aquella hermosa hora,
con deseos magníficos y grandes,
por detrás de los Andes
el resplandor brillante de una aurora!

Y se alzó cual patriota,
defendiendo sus leyes y derechos
y oponiendo el empuje de sus pechos
al horrible fragor de los cañones.
Lucharon los chilenos cual leones
contra el altivo ibero,
hasta arrancar con sus airadas manos,
aun rojas con la sangre derramada,
la corona preciada
de la pálida sien de los tiranos!

Al recorrer mi mente
las hazañas heroicas de esos bravos
que supieron ser libres y no esclavos,
esas lides potentes, giganteas,
no sé cómo dar forma á mis ideas:
aquí contemplo á O'Higgins
combatiendo en los campos de Colchagua,
ó, con valor homérico, espartano,
saltando, sable en mano,
las trincheras sangrientas de Rancagua!

Aquí veo admirado
muriendo en un patíbulo á Carrera,
y pasando la helada cordillera
por precipicios áridos y agrestes,
á San Martín y sus altivas huestes;
y de Manuel Rodríguez
el sereno semblante, que destroza
la bala de un sicario indigno y feo,
y á los Carreras veo
morir en los cadalzos de Mendoza!

Y, contemplo, ya libre,
á la joven República triunfante
seguir siempre animosa y adelante
por el ancho camino del progreso:
zurcar el mar, cortar el bosque espeso,

explotar las montañas,
y reemplazar por el vapor las velas,
y proteger las ciencias y las artes,
fundando en todas partes
bibliotecas, telégrafos y escuelas!

Y veo finalmente
entre sombras, y dudas, y recelos,
la libertad, como hija de los cielos,
surgir radiosa de la mente altiva
de hombres cuya mirada ardiente y viva
va siempre hacia adelante;
cuyos nombres con letras de oro y plata
en la historia de Chile se han grabado;
hombres que se han llamado:
Bilbao, Pedro Gallo y Manuel Matta!

¡Oh Padres de la Patria!
hoy que es día inmortal en nuestra historia,
decid si es digna aún de vuestra gloria
esta patria tan bella y tan querida,
por vosotros salvada y redimida!
Decidnos, sí, decidnos,
si son dignas de un pueblo ciudadano
y de O'Higgins, y Freire, y los Carreras,
las imperecederas
glorias de Prat, y Condell, y Serrano!

Decid si en vuestros sueños
de dorada ambición y fantasía,
jamás creístéis que llegara un día
en que de Chile la triunfal bandera
flameara en Lima por la vez tercera!
Decidnos si pensastéis
que tuvieran tan dignos sucesores
los combates de Maipo y de Rancagua,
como Tacna, Pisagua,
Chorrillos, y San Juan, y Miraflores!

¡Tal vez! Mas como sea,
hoy, gran día que trae á la memoria
un mundo de recuerdos y de gloria,
y se entrega al placer todo chileno,
recibid, de los justos en el seno,
¡oh Padres de la Patria!
la bendición de un pueblo agradecido,
que en su marcha brillante por la tierra,
en la paz y en la guerra,
digno de vuestra gloria siempre ha sido!

1888

A MANUEL RODRIGUEZ

I

Es tu gloria, soldado ciudadano,
pura y simpática en la patria mía:
tú supiste vencer la tiranía
y romper las cadenas del tirano!

Y cuando con destello soberano
ya el cielo de la gloria se te abría,
en negra noche, con crueldad impía,
te dió la muerte traicionera mano!

Un trozo de granito cincelado
recuerda al peregrino y al viajero
el crimen, que empañó más de una gloria;

tu recuerdo querido, inmaculado,
está en el corazón del pueblo entero
y es tu nombre laurel de nuestra historia!

FANTASIAS

¡Ven, hermosa visión! Plega tus alas,
que entre mis brazos estrecharte quiero,
y el fuego de mi frente
calmar con los deliquios de tus besos!
¡Ven, y deja que estreche
tu voluptuoso cuerpo,
cuyas formas poéticas y suaves
se diseñan apenas en el velo!
¡Ven, acerca tus labios,
que quiero trasmitirte con un beso
el amor palpitante de mi alma,
la chispa de un deseo,
esta ansia de lo etéreo y lo imposible
que se agita en mi pecho!

¡Ven, alada visión! tú que amorosa,
en las negras veladas del invierno,

bates tus blancas alas,
acariciando mis dorados sueños,
sonriéndome y fijando en mis pupilas
tus pupilas de fuego!
y cuando me parece que en mis labios
he sentido un contacto dulce y fresco,
tiendo hacia tí los brazos,
queriéndote estrechar contra mi pecho
y besar esos labios
palpitantes de amor y de deseos;
y te vas, sombra vana,
y huyes, dorado ensueño,
y en vez del cuerpo lánguido y ansiado,
duda, sombra y dolor tan sólo encuentro!

¿Eres quimera ó realidad? ¿Ó eres
aquel vago ideal de mis ensueños,
el ideal que busco
en el prosaico mundo, ansioso y ciego
y que guía mis pasos, cual guiaba
á los magos la estrella en el desierto?
¿Eres mujer divina
ó tan sólo fantasma del deseo?
Más sea como quiera,
acércate, visión, que sólo anhele
besar tus rojos labios

y en ellos transmitirte con un beso
esta ansia de lo etéreo y lo imposible
que se agita en mi pecho!

1888.

GOTAS DE AJENJO

I

La brisa, que jugaba entre las flores,
besaba cariñosa sus mejillas;
estaba encantadora como siempre...
Ay! quién fuera la brisa!...

II

¡Qué oscura está la noche! Ni una estrella
sus fulgores derrama;
la luna se ha ocultado entre las nubes...
¿Ó serán las tinieblas de mi alma?...

III

Como á Cristo los ángeles adoran,
hermosa, te adoré;
y creí en mi delirio que eras ángel...
¡y eras sólo mujer!...

IV

¡Mira del cielo el infinito espacio,
donde deslumbra con su luz el sol;
mira ese océano... ¡qué imponentes olas!...
¡así es mí amor!...

V

Estaba el buen muchacho en una esquina;
pasó un coche á su lado;
y al verla en él, tan bella y desdeñosa,
por poco lo atropellan los caballos...

VI

Cuando en ello medito, al fin y al cabo
yo le encuentro razón:
¡cómo podría, tan altiva y bella,
amar á *un pobre diablo* como yo!...

VII

¡Oh! ya pasaron esos buenos tiempos
del grato amor y de la santa paz!
Hoy negocian los padres á sus hijas
y las entregan al que ofrece más!...

VIII

Después de tantos meses, hoy la he visto
altiva y orgullosa en el paseo;
y pasó sin mirarme...
Tal vez iba mirando á algún... zopenco!...

IX

¡Qué de promesas y lágrimas!
¡Qué de ardiente frenesí!
¡Qué de besos y protestas
me murmuraba al partir!
Partió, dejando en mi pecho
imborrable cicatriz...
y ahora, ahora... la ingrata
ni se acordará de mí!

1888

TUS OJOS

Al contemplar tus celestiales ojos,
no sé que siento yo:
siento arder mi cabeza, y en mi pecho
latir el corazón!

Hay en ellos un algo misterioso,
como un soplo de amor...
¡Habrán ojos verdes en el mundo... pero
¡como los tuyos, no!

1889

A UNA SOLTERONA

¡Ay, Manuela! te digo y te aseguro
que aún no puedo creer lo que me han dicho.
¿Es verdad que has salido del apuro
y has atrapado un bicho
que te piensa llevar muy pronto al ara,
á pesar de tus años y tu cara?

Pues si es cierto, Dios justo,
te diré que me ha dado mucho gusto,
porque no le hallo encantos
á aquello de quedarse á vestir santos!
Mientras tanto, le ruego á San Antonio
que se llegue á efectuar el matrimonio.

¡Qué diablos! el carmín y el albayalde
nos dejan maliciar qué es el pellejo,
y es inútil y en valde
que quieras retocar un cuero viejo.
¡No es preciso tener vista de lince
para ver que has pasado de los quince!

Es raro, es raro en este tiempo duro,
de *bacilo* y *microbio*,
cuando menos se piensa, hallar un novio
de las dotes, á más, de tu futuro:
hacendado, buen mozo, inteligente,
diputado suplente
por no recuerdo qué departamento;
en fin, todo un portento!

Es menester ¡canarios! mucho arrojo,
(dispensa si te enojo),
y venderse cual Judas Iscariote,
para cargar contigo, y con tu dote...
Mas tú sabrás que llámase esta boda
una unión *á la moda!*...

Pero, en fin, ya está hecho
y bien dice el refrán: *A lo hecho pecho*,
y ya que ha habido un hombre tan prudente
que se sepa vender por una herencia,
yo les deseo un porvenir sonriente,
felicidad y larga descendencia!...

1887.

LA LORA

¡Por Dios! que mi paciencia ya no aguanta
tamaña iniquidad, barbarie tanta!
¡Esto ya clama al cielo! ya es horrible
lo que ocurre en mi casa!
Escúchame, lector, lo que me pasa
con ánimo, si puedes, impasible,
pues á contarte voy, punto por punto,
cuanto me ha sucedido en este asunto!

Al lado de la casa donde vivo,
y viuda de un mayor que fué graduado,
que si no hubiera muerto el mes pasado
ya sería efectivo,
habita una señora santurrona
que tiene una lorita regalona,
¡y aquí ya á padecer empieza Cristo!
en mi vida otro bicho peor he visto!

Ya con su canto tan cansado me hallo,
que si otra circunstancia no mediara,

con el mayor placer yo me colgara
del cuello en una mata de zapallo;
mas la misma señora
que posee la lora
también tiene una chica tan simpática,
que logró conmover mi alma flemática.

¡Qué boca más graciosa ni más bella!
¡Y qué dientes tan albos y pulidos!
¡Los ojos soñadores y dormidos
color verde botella!...

Cuando desde mi pieza la diviso
que en la suya se encuentra orando á solas,
mi corazón, latiendo de improviso,
en mi pecho comienza á hacer cabriolas!

Una fresca mañana,
viéndola pensativa en la ventana,
(que es donde cuelgan al horrible bicho,
según presumo ya dejarlo dicho),
y ángel más bien que niña parecía,
quise expresarla cuanto la quería,
mis pensamientos dulces y felices...

mas en esto la lora,
mirando ya en peligro á su señora,
me pegó un picotazo en las narices.

Pasamos sin hablar una semana;
mas otra vez estando en la ventana,
yo la dije, al mirarla tan divina:

—Buenos días, vecina.

—Buenos días, me dijo encantadora.

—*Buenos días*, también dijo la lora,
porque yo fui en la Veracruz criada
y un perro, un perro trájome robada.

(Maldito can! no te cayera un rayo
cuando hurtaste este loro ó papagayo
que todo el día en sus pintadas rejas
sin cesar me taladra las orejas!)

—¿Porqué pone esa cara
tan de pocos amigos y tan rara?

me preguntó Pepita;

¿acaso no le gusta mi lorita?

¿cuando tiene una voz tan remonona!

—¡Muy linda!... aunque tal vez algo chillona
para estarla escuchando todo el día
cual larga letanía!

—¡Pues no faltaba más! ¿Lo encuentra feo?
Aunque me lo asegure no lo creo.

¿Por qué tiene tan poca simpatía
á mi preciosa cata?

¿Á que le habrá negado á usted la pata?...

—Nunca se la he pedido... acaso fuera todavía á su linda carcelera...

—Entonces, pues, vecino, ¿qué motivo ha sido causa de un rencor tan vivo,
de un odio tan severo
como el que tiene á mi infeliz lorita?

—¿Quiere que se lo diga, vecinita?

—Bueno, diga; lo quiero.

—Esa lora horrorosa
no me deja escribir verso ni prosa.

En mis horas de tedio,
para buscar remedio
á una cierta ansiedad vaga y secreta,
descuelgo mi guitarra de poeta,
y acercando á mi mesa alguna silla,
arreglo la cuartilla,
me siento y en seguida me dispongo,
ya que sólo me encuentro como un hongo,
y ya que no hallo en qué matar los días,
á hacer, unas tras otras, poesías.

Mas apenas me acerco al escritorio,
porque de no, el numen se evapora,

... esa maldita lora
empieza á repetir su repertorio
de redobles, canciones y repiques
y á pedir caramelos y alfeñiques!

¡Tendría que tener genio de santo
para tanto aguantar de Enero á Enero,
y yo, vecina, nó, yo no lo aguanto;
se lo digo del modo más sincero!

¡Cuántas veces, Pepita, alguna risa,
algún acento suyo,
que en sus alas llevábame la brisa
y que á dar su frescor iba á mi frente,
en el aire detuvo de repente
mi enarbolado brazo,
armado con la *tranca* de la puerta,
á la lora dispuesto á dejar tuerta
ó romperle la crisma de un trancazo!

—Habría sido un verdadero agravio,
una injuria infinita,
me interrumpió Pepita,
haciendo un pucherito con el labio...
¡Matarlo á palos! ¡pobre animalito!
¡y usted que sabe que lo quiero tanto!

—Á mí, bella vecina!

—¡Á mi lorito . . .

—¡Por Dios, qué desencanto!

—Desencanto, ¿por qué?

—Yo así lo llamo

porque usted sabe bien cuanto la amo . . .

—Si no sabía nada . . .

—¿Por qué, pues, se ponía colorada
cuando á lo lejos le mandaba un beso
ó decía «la adoro?»

—Es que creía yo que era á mi loro
al que le hacía eso . . .

—Contésteme, Pepita, francamente,
¿me quiere ó nó me quiere?
categóricamente

—Pero es que yo . . . mejor será que espere . . .
porque . . . ya sabe, ahora . . .

Esto escuchaba yo con cierto miedo,
cuando descuido el dedo
y, aprovechando la ocasión la lora,
me asesta tan horrendo picotazo,
que levantando el brazo
un golpe quise dar á la traidora,
y á la calle á dar fueron jaula y lora!

Renuncio á describir la batahola
que se forma al entrar doña Bartola;
Pepita se desmaya entre sus brazos,
al ver á su animal hecho pedazos,
y la suegra me llena de denuesto,
creyéndome el causante de todo esto;
en la calle los chicos se arrebatan
las plumas del difunto pajarraco,
y un vecino, creyendo que se matan,
asustado se va á buscar un *paco*.

En medio de esta enorme pelotera
bajé de á cinco en cinco la escalera,
con el deseo firme é inquebrantable
de echarme de patitas en el río,
pues ya el pueblo, con grande vocerío,
pedía la cabeza del culpable.

Para ir más ligero, tomé un coche.

El aire de la noche,
puesto que eran ya cerca de las ocho,
me refrescó los sesos é impidióme
que me precipitara en el Mapocho.

Dirigíme á mi casa, calle Duarte;;
pasé una noche dulce y sosegada;
consulté los sucesos con la almohada,

y esta grande y prudente consejera
me dijo que me fuera
á vivir con mi música á otra parte,
y para no ver más lo que me pasa
y conservar intacto mi decoro,
viviera en una casa
donde no haya chiquillas ni haya loro!

1889

CARTAS DE VERANO

Querido amigo: desde que te fuiste,
dejándome *tan triste,*
y en soledad sumido,
ningún suceso nuevo me ha ocurrido,
y hasta te juraría,
aunque puedas creer que soy un bruto,
que me aburro y fastidio cada día
á dos mil toneladas por minuto.

¡Ay, infelices quienes
por no tener un cristo en el bolsillo
no pasan los veranos en Cauquenes,
en Chillán, Panamávida ó Catillo!

Yo soy uno de aquellos,
que por ciertos motivos y razones
he de pasar aquí las vacaciones,
aunque de ira me arranque los cabellos.

Porque, señor, no es poca la paciencia que un prógimo cualquiera necesita para ver consumirse su existencia... y para ver pelarse su levita...

La vida de Santiago, caro amigo, de veras te lo digo, no es la más agradable y divertida que se pueda pasar en esta vida.

Te relato en seguida lo que hago día á día en este horno de Santiago: me levanto á las diez de la mañana, leo *El Ferrocarril*, fumo un cigarro, á las once á almorzar, con poca gana, y me baño á las dos, pues me achicharro; á las tres me aparezco á la oficina; no hay trabajo; ¡mejor! voyme á las cuatro á tomar una copa en la cantina y un *coktail* para abrir el apetito, y después á comer, luego al teatro, y á las dos, ronco ya como un bendito.

Uno sale á la calle y no percibe más que silencio y soledad doquiera: uno que otro sugeto, yo inclusive,

camina silencioso por la acera;
 más de pronto hace alto:
¡ay! quedóse pegado en el asfalto!

En toda la extensión que uno domina
 sólo vé con tristeza
á una que otra facha peregrina
 y al *paco* de la esquina
que cabeceando en la pared bosteza.

Si uno sale aburrido de su casa
á buscar distracción, ya que no fiesta,
hallará á alguna vieja, muy compuesta,
pastoreando á sus niñas por la plaza.
¡La plaza! en otra época repleta
de paseantes, hoy tiene solamente
á uno que otro tipo, indiferente,
 oyendo la retreta.

¿Y no he de estar cansado y aburrido
con esta vida bárbara y tremenda
cuando ¡ay! hasta la prenda se me ha ido?
¿Y qué quieres que yo haga sin mi prenda?

Muchas otras noticias te escribiera
sobre el tiempo, las niñas y las flores;

te las diré en mi carta venidera,
si es que entonces aún con los calores
no se me ha derretido la mollera!

1889

CARTAS DE VERANO

¿Qué es de la vida?
¿Cómo va ella?
¿Dulce, tranquila,
feliz, contenta?
¿Estás alegre?
¿Te dió la *influenza*?
¿Fuiste á Quintero?
¿No te mareas?
¿Mucho te bañas
en la Caleta?
¿Qué tal de amores?
¿Qué de la prenda?
¿Mucho persigues
y pololeas
á las *gringuitas*
y á las porteñas?
¿Mucho trabajas?
¿Mucho paseas?

¿Siempre versátil
y calavera?
¡Cáspita, chico!
¡qué vida esa!
¡tan zorzalina,
tan placentera!

Me alegro mucho
que te diviertas,
y que te animes
y robustezcas;
y de este modo,
cuando te vengas
á esta noble
bendita tierra,
no te sulfures
ni tengas pena
al ver sus calles
tristes, desiertas,
y donde mires,
y por doquiera,
perros hambrientos
en cien peleas,
pacos que duermen
sobre la acera,
rotos cufifos
con chicha nueva,

escenas tristes
y mil escenas
que son bastantes
por lo diversas,
lo sé yo mismo
por experiencia,
á volver loco
y á echar blasfemias
al individuo
de más paciencia
que muchos santos
anacoretas.
Conque, respóndeme,
y hasta la vuelta.

1890

A M. R.

Mi querido Moisés,—cuánta alegría
embargó mi alma de placer y alhago
al verte el otro día,
así de zopetón, aquí en Santiago!

Pues ahora el dolor me deschaveta
y siento aflicción vasta,
al mirar que ya te haces la maleta
para partir con rumbo á Antofagasta.

Esto no fuera nada, ya lo creo,
si al partir tú mañana
te fueras á aquel puerto de paseo...
¡pero ir á embodegarse en una aduana!

Debe ser trance duro, compañero,
y bárbaro, y belitre,
aquello de pasar el día entero
contando toneladas de salitre!

¡Caracoles! me muero y amilano
al solo pensamiento
que algún día esté yo, con pluma en mano,
haciendo operaciones de descuento...

y de números ¡uf!... raíz cuadrada,
ecuación, infinito,
logaritmo... ¡invención endemoniada!
¡enemigo mortal del infrascrito!

Más la vida es así, lucha incesante
del alma y la cabeza,
en que el hombre tropieza á cada instante
y en que exhala un triste ¡ay! cuando tropieza!

El amor, el ideal, la poesía,
es frase hueca y vana;
¡el dinero es el solo dios del día!
¡la materia es la reina soberana!

Así está el siglo, tan prosaico en todo:
¡ay del poeta que á cantar se atreve!
¡que no brotan las flores en el lodo,
ni versos en el siglo diezinueve!

Ya ves, querido amigo, que es amargo
con esta vida así tan estupenda,

cumplir con el encargo
de que le haga unos versos á tu *prenda!*

Yo quisiera rendir este homenaje
de amistad y de... etcétera... Es muy cierto.
Dispensa si no puedo... Muy buen viaje.
Me despido y adiós.—Tu amigo ALBERTO.

1889.

A M. R.

Pues, señor, no es pequeño el sacrificio
que se exige de un prógimo tranquilo
al hacer que eche el quilo
y que pueda talvez perder el juicio,
haciendo una versaina á tu querida,
que yo no he visto ni en mi perra vida!

Cada dos ó tres meses
y en las frecuentes veces
en que, provisto de oficial licencia,
vienes á hacer aquí tu residencia,
un sistema has tomado,
un hábito, costumbre ó ley tremenda,
de que, mal de mi grado,
he de hacerle unos versos á tu *prenda!*

Si, yendo por la calle, te diviso,
me escurro de improviso

y endilgo por caminos bien diversos,
pues sé que si me pillas
hasme de preguntar:—¿Qué es de los versos?

A veces, si te encuentro, te contesto:
—Mañana, á más tardar, te los envío;
más tú comprenderás, amigo mío,
que no es más que un pretesto
que practico en diversas ocasiones
para salir del paso en que me pones.

¡Pero esta ya no es vida! Es un tormento
comparable á quemarse á fuego lento!

Que un prógimo tranquilo y sosegado,
víctima de algún otro alborotado,
no pueda salir de su cuartucho
por temor que lo tome al abordaje
y que le diga:—Necesito mucho
los versos, antes de emprender mi viaje:
es algo atroz, perverso,
que me hace protestar contra tal dolo:
no es lo mismo querer que hacer un verso;
no es lo mismo poeta que *pololo!*

Ayer, ni pude ir á las carreras,
aunque el *sport* muy mucho me interesa,

por llevarme sentado horas enteras
delante de una mesa,
haciendo la dichosa versaina esta,
que aunque parezca mofa,
sabrás tú que me cuesta
un trago de *coñaque* cada estrofa!

En fin, que aquí se queda,
que ya es hora de irme á la Alameda
á *pololear* también con mi adorada,
que me ha de disipar, amigo mío,
con el dulce esplendor de su mirada,
esta hora de tormento y desvarío
en que he hecho los versos que te envío!

1890

RATOS DE ESPLIN

¡Hasta cuándo, hasta cuándo, Señor mío,
estoy sumido en este eterno hastío!
Ya sea tedio, esplín ó aburrimiento,
el caso es que jamás estoy contento!
Ya no tengo paciencia
para sufrir más tiempo mi existencia!

Cuando, á solas, ansío la ventura,
siento deseos de gozar feroces;
pero siempre algún dejo de amargura
acibara la copa de mis goces!

¿Son los nervios, el tiempo? ¿Porqué siento
mi existencia abatida?
¡Quiero algo que persigue el pensamiento!
¡quiero aire, luz, placer, vida, más vida!

Buscando algún remedio
para este inquieto y persistente tedio,

he ido á ver al médico ayer mismo,
y tal vez no sería de los lesos,
pues dijo que tenía reumatismo...
y me cobró dos pesos!

A veces, siento pena
y tomo toronjil con yerbabuena
y cuantos ingredientes hallo á mano,
los que echo en una tasa no muy chica....
más ¡ay! todo es en vano,
sobre todo remedios de botica!

El destino descarga sus furores
para hacer más difícil mi deseo:
ayer quedé cesante en un empleo
porque hice una feliz caricatura,
en papel de factura,
de uno de los empleados superiores,
y lo pinté muy feo!

También, señor, mi prenda, la Clemencia,
que era mi único amor y mi consuelo,
se acaba de casar, ¡oh justo cielo!
con un joven empleado en la Intendencia!
Era la única prenda, señor mío,
que no pude llevar al montepío!

Sin empleo y sin prenda, ¿qué hago, qué
hago,
á la luna de Paíta ó de Santiago?...

Si me pongo á escribir no doy en bola,
y me irrito, y por poco me suicido,
hasta que al fin, cansado y aburrido,
me tiendo á la bartola!

¡Ay! ¿cómo disipar esta constante
atmósfera de esplín que me rodea?

¿Qué hacer para que sea
risueño como entonces mi semblante?
Me diría algún clérigo que crea,
que tenga mucha fe, mucha esperanza;
los amigos, que miran mi mudanza,
me dicen que me entregue á los placeres...

¡Todo, todo me hastía:
la mística y falaz hipocresía
como el mentido amor de las mujeres!

¿Qué hacer para olvidar este fastidio,
este perenne tedio,
que me muestra como único remedio
el pálido fantasma del suicidio?...

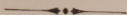
¡Pero eso no, jamás! Eso sería
una alta cobardía,

indigna de un señor que se respeta,
y sobre todo, indigna de un poeta!

Más vale que me engañe, como todos
se engañan en el mundo mutuamente:
borraré las arrugas de mi frente,
fingiré alegres modos,
me haré el despreocupado, el indolente,
y cuando tenga pena...
tomaré toronjil con yerbabuena!...

1891

SEGUNDA PARTE



P R O S A



21 DE MAYO (1)

Hoy hace nueve años, y, sin embargo, lo recuerdo tan bien!

Las impresiones de aquella noche están grabadas con caracteres indelebles en mi alma de chileno.

Eran las diez de la noche del 24 de Mayo.

Una lluvia tamizada é insistente había caído aquel día, y las calles estaban húmedas y resbaladizas.

Una enorme multitud aguardaba inquieta bajo los gruesos muros de la Moneda, conteniendo los latidos de sus corazones y ahogando en sus almas un pensamiento negro, un presagio funesto.

Se sabía que la *Esmeralda* y la *Covadon-*

(1) Esta composición obtuvo segundo premio en el certamen «El Pan del Espíritu.»

ga, los buques más débiles de nuestra escuadra, habían sido sorprendidos en Iquique por el *Huáscar* y la *Independencia*, los más poderosos de la armada enemiga.

¡Y no se sabía más!

Una angustia indefinible oprimía todos los corazones.

¡Y sin embargo, aún se esperaba!

¡Oh esperanza! qué sería sin tí de los pueblos en los días de tribulación y de dolor!

No se esperaba una victoria;—habría sido un orgullo temerario;—se esperaba que la bandera de Maipo y de Yungay conservase su honor inmaculado y que la estrella solitaria brillase siempre blanca y pura como las nieves de los Andes!

¡Oh momentos de angustia!

Y pasaba el tiempo; eran ya las once, y nada se sabía, y la duda y el dolor continuaban devorando nuestros corazones.

La multitud se estrecha, como las olas de un negro mar, y se comunica sus impresiones. Los más patriotas, los que aún esperan, alientan á los tímidos, les comunican una chispa de su esperanza y les hacen con-

fiar también en que nuestros marinos sabrán *vivir con honor ó morir con gloria!*...

De repente, se vé al telegrafista, con unos papeles en la mano, subir con precipitación las escaleras de piedra que conducen á las habitaciones del Presidente.

Su rostro va, como siempre, frío é impassible. Su deber le impone el silencio.

La emoción es indescriptible.

Pasan dos segundos.

De pronto, se estremece el edificio con un *¡hurra!* espontáneo, colosal, que aún conservaba las vibraciones de la emoción, y que repite la multitud delirante, sin saber qué lo motivaba.

Salen algunos de la Moneda y sólo dicen *¡Victoria! ¡Viva Chile!* y escapan, ansiosos de comunicar á todos la fausta nueva, y el mismo grito de *¡Victoria!* va resonando de calle en calle y repercutiendo en todos los corazones!

¿Qué había sucedido?

¿Era efectiva la victoria?

¿Cómo! ¿Dos débiles buques podían haber vencido á dos poderosos blindados? ¿Cómo! ¿Se había repetido la hazaña de David?

¡Imposible!

Algunos comenzaban á dudar de nuevo, cuando se abrió una ventana del palacio, y el Presidente Pinto dió lectura, desde uno de los balcones, á un telegrama concebido, más ó menos, en estos términos:

«Combate en Iquique.

Esmeralda prendió Santa Bárbara. *Independencia* á pique.

El entusiasmo fué loco, delirante, y frenético ¡vivas! y ¡hurras! se escapaban de todos los pechos.

Se echan á vuelo las campanas y las bandas de música recorren las calles tocando el *Himno Nacional* y la *Canción de Yungay*, que repetía el pueblo entusiasmado.

En un momento se ven todas las casas iluminadas y con el pabellón nacional en el asta de bandera.

Varios jóvenes, bomberos en su mayoría, suben al cerro de Santa Lucía para hacer disparar el cañón.

Había pólvora, pero faltaba con qué atacarla, pues el pasto estaba húmedo.

Al momento todos se despojan de sus pañuelos y corbatas, y cuando estos se con-

cluyen, para seguir haciendo disparos, un humilde roto se saca la blusa y ataca el cañón diciendo:—*Los marinos de Iquique dieron su vida por la patria; yo le doy sólo mi blusa.*

Todos rivalizaban en entusiasmo.

II

Y sólo se sabía la mitad de lo sucedido.

Se conocía el combate; se ignoraba el sacrificio.

Se creía que la *Esmeralda* había prendido su Santa Bárbara, y se ignoraba que era mil veces más grande la realidad!

¡Cuánto más grande que volar por los aires, era sepultarse en el mar, con la bandera al tope, cumpliendo el lema *Un chileno no se rinde!*

¡Cuánto más grande que un suicidio era morir abordando el buque enemigo, sellando con sangre el lema *Vencer ó morir!*

III

¡Qué gloria la de Prat!

¡Qué valor, qué serenidad, qué grandeza de alma revela esa arenga que al empezar

el combate dirige á su tripulacion:—*Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo; espero, pues, que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si muero, quedan mis oficiales, que sabrán cumplir con su deber.*

Empieza el combate.

Las balas de la *Esmeralda* no alcanzan más que á rasmillar el casco enemigo, mientras las del *Huáscar* hacen grandes destrozos en el buque chileno.

Por fin, indignado el coloso de ver tanto valor y resistencia en el niño, que creía que iba á entregársele sin combate, dirige su espolón hacia la *Esmeralda* y da todo el vapor á la máquina.

Con la fuerza del choque, los dos buques permanecen unidos un instante. Entonces á Prat le viene el pensamiento de abordarlo. Mira al corneta para ordenarle el toque y no le halla á su lado. Tomando entonces un revólver y desenvainando su espada, salta á la cubierta enemiga al grito de *¡Al abordaje, muchachos!*

Sólo Aldea le sigue, pues el *Huáscar* se retira al verse abordado tan audazmente.

Prat dice á aquél:—*Sargento, guárdeme la espalda*, y avanza hacia la torre del comandante; pero traidora bala hiere su frente y cae muerto al pie de la torre.

Uribe toma el mando de la corbeta. Todos están resueltos á vender caras sus vidas.

El *Huáscar* destroza más á la *Esmeralda*.

Serrano y catorce hombres abordan al monitor, y todos caen muertos por las balas que les dirige el enemigo oculto.

La *Esmeralda* es una boya. Sus cañones están caldeados, su máquina inundada y sembrada su cubierta de cadáveres y ensangrentados miembros. Al tercer espolonazo, la *Esmeralda* se hunde lentamente en el mar, con la bandera chilena al tope del trinquete. En ese instante Riquelme dispara, como dice un escritor, el último cañonazo, que es el último saludo á la bandera, el último homenaje al deber, el último adiós á la patria, la última ofensa al enemigo!

El sacrificio estaba consumado; el honor de la bandera estaba salvado; el lema *Vencer ó morir* estaba cumplido!

IV

¿Y qué era de la *Covadonga*?

Al empezar el combate, la goleta había salido de la bahía, á toda fuerza de máquina, y tan apegada á la costa, que estuvo en peligro de vararse.

La *Independencia* la seguía, ansiosa de hacer una buena presa.

Aquella era de madera y tenía dos cañones; la *Independencia* era blindada y tenía 22.

Pero la *Covadonga* era mandada por Con-dell y la *Independencia* por Moore!

Esta quiere atacarla con su espolón, pero la goleta, que tiene muy poco fondo, se desliza rápidamente por un escollo, que alcanza á rasmillar su casco, y la *Independencia*, al querer hacer lo mismo, se estrella contra las rocas y el agua inunda las bodegas y la máquina.

Un sonoro *¡Viva Chile!* se oye en la cubierta de la *Covadonga*. Nuestros marinos siguen atacando á la fragata enemiga, hasta que ésta, para consumir su obra de humi-

llación y de cobardía, se vió obligada á izar bandera de parlamento.

La victoria era completa. David había vencido á Goliat.

V

Hoy, en el noveno aniversario del heroico combate, los restos de los héroes son sepultados al pie del monumento que les inmortaliza, donde dormirán al blando arrullo de las olas, testigos de su sacrificio en aras del deber y de la patria.

El amor y la gratitud de todo un pueblo los acompaña. Las coronas del rico y las *siemprevivas* del pobre se confunden al pie de su féretro.

En los días de gozo y de triunfo, iremos allí á depositar los trofeos de la victoria, y en los días de tribulación y de prueba, allí cobraremos ánimo y valor, y, repitiendo los nombres de Prat y de Condell, de Serrano y de Aldea, *venceremos ó moriremos!*

Valparaiso, 21 de Mayo de 1888.

EL SITIO DE RANCAGUA

Corría el año 1814.

Las discordias entre los patriotas estaban latentes, y el país extenuado por tan larga guerra.

Desgraciadamente, se había celebrado el funesto tratado de Lircay, que permitió á Gaínza reorganizar su ejército.

Carrera estaba en el poder, después de haber arrojado de él á Lastra por medio de uno de sus audaces motines.

Pasados los dos meses que el tratado ponía como plazo para que las tropas realistas evacuaran el país, llegaron pliegos de Lima en los que el virey Abascal desaprobaba el convenio y enviaba al coronel Osorio á someter á viva fuerza á los revolucionarios.

La ocasión era oportuna para avanzar. Las discordias entre O'Higgins y Carrera

habían tomado cuerpo, y el ejército del último habíase batido con la vanguardia del primero en las Tres Acequias, cerca de Maipo, derrotándola.

Pero, ante el peligro común, los dos jefes patriotas olvidaron generosamente sus rencillas, y, aunando sus ejércitos, habían corrido á impedir á Osorio el paso del Cachapoal. O'Higgins se puso á las órdenes de Carrera. Éste no habría sido capaz de tan noble rasgo de carácter.

En el plan para la defensa disintieron nuevamente. Carrera queria defender el paso en la Angostura del Paine y O'Higgins en la orilla del río.

En tal estado se hallaban cuando este último recibió un aviso de Juan José Carrera, jefe de una de las tres divisiones del ejército patriota, pidiéndole auxilio desde Rancagua, donde se había encerrado.

O'Higgins marchó á la ciudad y Osorio pasó el río.



Estos son, á grandes rasgos, los antecedentes de una de las más famosas batallas

de la guerra de la Independencia, tanto por el prodigioso valor de los combatientes, como por los gravísimos resultados que habría de traer.

Rancagua, á este respecto, es la tumba de *la Patria Vieja*. Así lo comprendían sus defensores y así se explica su tenaz propósito de cumplir el lema legendario del soldado chileno: *vencer ó morir*.—«*Mientras nosotros vivamos*, decía O'Higgins, *existirá la Patria*».

Y si se considera el inaudito valor allí desplegado, se llega á la evidencia de que el sitio de Rancagua es más digno de ser cantado por la musa épica que descrito por la pluma del historiador ó del romancista.



Como decíamos, Juan José Carrera, se había encerrado en Rancagua con su división y pedido auxilio á O'Higgins. Este corrió á prestárselo, dejando abierto el paso al enemigo.

Por su parte, José Miguel Carrera se estacionó en los Graneros de la Compañía, á poca distancia de Rancagua.

Osorio, con el ejército realista, pasó el caudaloso Cachapoal, que, como se sabe, bordea la ciudad, y sitió en ésta á O'Higgins, quien, á pesar de tener inferior graduación que Juan José Carrera, tomó el mando del ejército patriota por especial voluntad de aquél.



El combate iba á empezar.

O'Higgins comprendía que, perdida la batalla, estaba perdida la causa de la Independencia.

La lucha, pues, era á muerte.

No se trataba de vencer, sino de morir ó matar.

Si morían, la Patria tendría digna sepultura. Si mataban, aún podría existir por algún tiempo.

O'Higgins era el alma de la situación. Ahí se le veía, la espada desnuda, seguido de sus ayudantes, recorriendo á caballo las trincheras, dando las últimas órdenes, animando á los débiles, entusiasmando á todos.

En las torres flamean las banderas nacio-

nales, enlutadas por fúnebres crespones, que indican al enemigo la firme resolución de no dar ni recibir cuartel.

En las cuatro trincheras que cierran la entrada de las cuatro calles que dan á la plaza de Rancagua, están las filas de patriotas, con el cartucho preparado y encendido el lanza-fuego, listos para arrojar la destrucción y la muerte por las negras bocas de sus cañones.

En unos corrales próximos, está la caballería, mandada por los brillantes capitanes Freire y Anguita. Cada ginete, al pie de su caballo, espera sólo la voz de orden para decidir la acción con el filo de su sable.

Al lado de la iglesia de la Merced, hase improvisado un hospital para recoger á los primeros que caigan....

Todo respira la destrucción y el dolor. Parece que la muerte hubiera batido allí sus negras alas y dejado en la atmósfera su aliento triste y helado... Sólo la naturaleza sonrío; el sol envía sus rayos á raudales sobre la tierra rejuvenecida por los primeros efluvios de la primavera. Bien pronto ese cielo azul será oscurecido por el humo de la

pólvora y las flores del campo anegadas por arroyos de sangre.



En la torre de la iglesia se ve un guerrero, de encendida tez, que investiga con anhelantes ojos los campos vecinos. Es O'Higgins.—Allá ve una nube de polvo que se ensancha, marchando hacia la ciudad y rodeándola como una inmensa culebra con sus compactos anillos. Es Osorio que llega con su ejército.

La hora ha llegado, y O'Higgins baja de su atalaya para dar sus órdenes y ocupar su puesto.



Son las nueve de la mañana del día 1.º de Octubre.

Ya se ha roto el fuego por ambas partes, y, entre las nubes de polvo y estruendo de los cañones, se ve avanzar hacia las trincheras á los aguerridos realistas, atacando con un ímpetu irresistible.

Las tropas de Osorio cortan el agua de

la única acequia que da á la plaza, poniendo así á los patriotas en la alternativa de rendirse ó perecer de sed.

El combate es desesperado por ambas partes, igualando, dice un escritor, la obstinación de los patriotas á la impetuosidad de los realistas.

Repetidas veces cargan éstos á las trincheras, dirigidos al ataque por sus oficiales á la cabeza; pero otras tantas las tropas chilenas los rechazan con grandes pérdidas.

Entretanto, alentaba á O'Higgins la esperanza de que Carrera viniese á reunírsele, según lo convenido. A cada descarga, creía que era la división del general en jefe, y esa ilusión le sostenía—como Napoleón en Waterloo—, y esa esperanza le infundía más valor para la resistencia, creyendo á cada instante verse auxiliado para desbaratar al enemigo con fuerzas superiores.

El combate no cesaba. Los realistas atacaban furiosamente; eran rechazados y deshechos de la misma manera, y otra vez rehacían sus rotas filas y volvían á la carga con nueva energía y mayores bríos.

Ya la noche iba envolviéndolo todo con

sus sombras, y la luna, que asomaba por detrás de los Andes, alumbraba con sus pálidos rayos un cuadro de desolación y de horror....

Las tropas se habían retirado para darse un pequeño descanso.



¡Qué triste noche aquella!

Los patriotas reposaban con el fusil al lado, sin tener una gota de agua con que refrescar sus ardientes labios, cansados de morder cartuchos. Los centinelas pasaban como negros fantasmas, lanzando de tiempo en tiempo, en el silencio de la noche, sus sonoros *alertas*, entre los montones de moribundos que aún apretaban convulsivamente sus rifles, y de heridos que se quejaban, y de mujeres que rezaban y gemían....



Los primeros fulgores del alba vinieron á alumbrar una nueva escena de esterminio.

Durante la noche, los españoles habían

abierto brechas y forados en las murallas de las casas y de esta manera habíanse aproximado á corta distancia de la plaza, que era el centro de la resistencia.

Comenzó, pues, un nuevo ataque, mandado por los valientes jefes realistas Barañao y Velasco y por San Bruno y Maroto al frente de sus feroces Talaveras.

Se peleó por ambas partes con un encarnizamiento terrible; pero todo fué inútil para los españoles, pues al fin tuvieron que replegarse y batirse en retirada.

O'Higgins, entre tanto, que peleaba como un héroe y recorría todas las trincheras para prestar el apoyo de su fuerte brazo en donde fuese necesario, viendo que era inútil resistir por más tiempo si Carrera no venía en su auxilio, mientras el enemigo se rehacía y en un momento en que había cesado el fuego, ordenó tocar las campanas de las iglesias, á fin de tentar el último medio de hacer venir á aquél con su división.

Carrera había mandado alguna fuerza al mando de su hermano Luís y de los Benaventes, para ayudar á O'Higgins. Llegó hasta los afueras de la ciudad, donde tuvo

un combate con la caballería mandada por el valiente Elorreaga; más, al oír los repiques de las campanas, creyó que la plaza se había rendido y emprendió la fuga.

O'Higgins quedó reducido á sus propios esfuerzos. Al retirarse Luis Carrera se había llevado sus últimas esperanzas.

Vió, pues, que era inútil continuar el combate. Reunió los pocos soldados que le quedaban y se puso él mismo á su cabeza.

Freire estaba á su lado.

Todo listo, dió la orden de marchar y gritando: *¡El que sea valiente que me siga!* se lanzó á escape con sus ginetes por entre la caballería realista, que quedó petrificada de espanto, abriéndose paso con sus sables y saltando sobre montones de escombros y cadáveres.

Los españoles le persiguieron, pero sus soldados se batían en retirada, y uno de ellos alcanzó á parar un hachazo dirigido á la cabeza del general.

¡El combate había durado treinta y tres horas!



Los soldados de Osorio penetraron furiosos á la plaza, pero aún tenían que combatir. Los heridos, extenuados, apretaban el rifle entre sus manos, haciendo fuego, hasta caer muertos á balazos.

Los oficiales patriotas Ovalle y Yáñez defendían en una trinchera un estandarte y, heridos, moribundos, caían envueltos entre sus pliegues. ¡Qué sudario más digno de dos héroes!

José Ignacio Ibieta cayó del mismo modo. Una bala de cañón habíale cortado las dos piernas, y así, de rodillas, aún sostenía la bandera que le fuera confiada. Los realistas le ofrecieron la vida si se rendía, pero él seguía hiriendo con su espada á los que se acercaban, y al fin, mutilado y exangüe, cayó también envuelto en su querida enseña, empapada en su sangre generosa!

Entretanto, los españoles cometían las más feroces crueldades. Los templos y las casas eran saqueados y quemados, las mujeres profanadas, los ancianos y los niños asesinados. Aún se llevó la barbarie hasta incendiar el pobre edificio en que estaban asilados los heridos. No les conmovieron

los gritos de esos infelices que, imposibilitados para escapar, se agitaban espantosamente en sus lechos de dolor. Otros corrían hacia las ventanas y querían arrancar los barrotes, hasta que las llamas llegaban á sus cuerpos y los consumían, carbonizándolos lentamente, quedando esos despojos en las más espantosas convulsiones y con los informes y negros brazos apretados estrechamente contra las rejas.

Y para todas estas escenas sólo había la risa estúpida de la soldadesca desenfrenada.

Mientras tanto O'Higgins, que corría con sus soldados, camino de la capital, veía en el horizonte las rojas columnas de humo y fuego que se elevaban allá, en dirección á Rancagua, y que le anunciaban con sus siniestros resplandores que eran las teas funerarias de *la Patria Vieja!*...

1888

ALGO SOBRE LA POESIA NACIONAL

La poesía de nuestro país no ofrece particularidad alguna que la haga distinguirse de las demás de la América latina. No trataremos, por esto, de hacer un juicio crítico de ella y mucho menos su historia. Nuestro objeto es únicamente, por ahora, señalar algunos defectos que en ella se notan, para que los jóvenes que aspiran á ornar su frente con los laureles del poeta, no se dejen llevar por mentidos ideales.

Generalmente, entre los principiantes se nota una marcada tendencia á imitar á Espronceda. Nada mas funesto que esta tendencia y nada más desconsolador que ese prematuro escepticismo y aburrimiento de la vida que manifiestan en sus versos los jóvenes poetas. Con esa simpatía que inspira naturalmente el dolor, sobretudo á los

corazones juveniles, les impresiona la desgarradora poesía del bardo español y ya sólo quieren hacer versos á su estilo, es decir, descorazonados, llorones ó sensuales, en vez de cantar los ensueños y los placeres de la juventud. “Buscar el goce sensual como remedio para curar el hastío, decía hace poco el distinguido escritor don José Arnaldo Márquez, es un falso recurso en la vida y un pobre asunto en la poesía.”

Y dispéñesenos este recuerdo personal: nosotros también fuimos arrastrados por esa malhadada tendencia á hacer poesías escépticas y materialistas, que sólo puede producir frutos anémicos, nunca vigorosos, —á no ser que se tenga el ingenio de Espronceda, lo que algo difícilillo nos parece, —mas, afortunadamente, á tiempo hubimos de conocer nuestro error, y los dichosos versos fueron convertidos en negras cenizas, ni más ni menos que lo que hacían los espartanos con sus hijos raquíuticos y la buena de la Inquisición con los herejes y judíos.

Ojalá que nuestros jóvenes poetas que toman á Espronceda por modelo, desandaran su errado camino y después tuvieran

también la franqueza de confesarlo, como lo hemos hecho; que entonces no se viera, como se vé, esa multitud de versos que cantan los placeres de la materia y que lloran pasiones desgraciadas que las más de las veces ni siquiera existen.

Otra tendencia sumamente marcada es la de imitar á Becquer y á Heine, y que en cierto modo es más poderosa que la que acabamos de señalar. Por ningún punto de vista conceptuamos dañina esta poesía, pero... si siquiera los imitadores fueran una sombra de sus modelos; si esos que tienen la osadía de llamar *becquerianas* y poesías subjetivas tuvieran una chispa del idealismo de Becquer ó de la ironía de Heine, pase, en mérito de la buena intención. Pero, desgraciadamente, y por lo general, las tales poesías son más bien caricaturas que imitaciones de las rimas del poeta sevillano y de los *lieder* del célebre paralítico alemán.

Esos imitadores de lo inimitable creen talvez que el único mérito de las *rimas* de Becquer consiste en la disposición caprichosa del metro y de la rima y no ven que su verdadera importancia está en la enérgica

conciación del estilo y sobre todo en el sentimiento que respiran,

Becquer escribía lo que sentía; cuando los abrojos de la vida le desgarraban el corazón, tomaba la pluma y brotaban bajo sus puntos esas encantadoras *rimas*, cada una de las cuales es un ¡ay! arrancado á lo más profundo del alma; mientras que sus imitadores—hablamos de la generalidad—no cantan lo que sienten, sino únicamente tratan de asemejársele, logrando hacer solo *becquerianas* risibles ó vulgares.

La poesía está en el sentimiento, ha dicho nosabemos quien,—y puede que no haya sido nadie,—y el sentimiento no se puede imitar ni copiar. Los imitadores de Becquer le toman la forma de las estrofas, pero en vez de presentar las ideas de la conciación del modelo, con el ropaje estrictamente necesario “para poderse presentar decente en la escena del mundo”, que decía él mismo, las engalanan de pámpanos y flores, de exuberantes metáforas y prosopopeyas, y así quedan luciendo los pensamientos, y si es que son buenos,—lo que á las veces sucede,—entre los ripios y los epítetos redun-

dantes como una flor perdida entre sus hojas.

La manía de imitar á Becquer se ha extendido por España y por toda la América. Unos pocos lo han hecho bien; la gran mayoría mal. Entre los primeros nos es grato citar á Manuel del Palacio y á Carlos Coello y Pacheco en España, á Manuel Acuña en Méjico y á Pérez Bonalde, á Ricardo Sepúlveda, á Emilio Antonio Escobar, á Joaquín González Camargo y á Temístocles Tejada, en Colombia y Venezuela. Sobre todo este último ha hecho una poesía tan hermosa que no podemos resistir al deseo de copiarla:

“Con ternura una noche oscura y fría,
una ola moribunda así decía
á la roca del mar:

—¿Qué haré en la inmensidad tan des-
[graciada?
y contestó la roca despiadada:

—¡Llorar, llorar, llorar!

Lanzó la ola un lúgubre gemido,
y con profundo acento dolorido
volvióla á repetir:

—Pero ¡ay! ¿qué hacer cuando hasta el
[llanto acaba?

Y la roca impasible contestaba:

¡Morir, morir, morir!”

“Tan bella poesía, dice el escritor colombiano José Parloán, sería timbre de gloria hasta para el mismo Becquer: esa escena que pasa probablemente en el polo, donde las noches son tan *oscuras* y tan *frías*; ese magnífico arranque de la primera estrofa, ese poético *con ternura*, que, puede decirse, da el sello á la composición, hacen que la *rima* de Tejada sea una de las mejores imitaciones de Becquer que se han publicado en Hispano-América.”

En Chile no se ha escrito ninguna *rima* del mérito de la que acabamos de citar. Casi todas las que conocemos son llenas de epítetos é hipérboles y faltas de vida y sentimiento. Sólo de la popular *rima* de Becquer *las golondrinas*, conocemos no menos de veinte imitaciones, la mayor parte malas y ninguna del mérito del modelo.

Hay poetas, sin embargo, entre nosotros, que han cultivado felizmente el género

subjetivo, y son Víctor Torres Arce, Eduardo de la Barra y Ricardo Fernández Montalva. El primero, malogrado poeta, muerto en hora temprana para las letras, dejó un libro de poesías subjetivas que no desmerecen de las de Becquer. Hay allí sentimiento y novedad en las ideas, concisión y elegancia en el decir. Son notables las tituladas *Un beso*, *Ella ríe*, *Dormida*, *Él y yo*, etc. Eduardo de la Barra ha obtenido, como se sabe, dos premios en el certamen Varela por su colección de poesías de este género en la que hay algunas hermosísimas y sentidas. Por último, las *Íntimas* que ha publicado Fernández Montalva tienen mucho sabor á Becquer y á Heine.

Fuera de los poetas que hemos citado, hay algunos como Santiago Scuti Orrego, Vicente Grez y Oscar Torres, que tienen una que otra *rima* bastante buena, y por lo demás creemos que no hay otras dignas de llamar la atención entre las innumerables que se han escrito y se escriben en Chile.

Hemos hecho estas consideraciones acerca de la influencia que Espronceda y Becquer ejercen en la poesía chilena, para hacer

ver á los jóvenes que se dedican á ella lo funesto é inútil que es imitar á aquellos poetas.

Afortunadamente, no ha llegado hasta nosotros la manía, que actualmente priva en España y en algunos países americanos, de imitar á Campoamor, el célebre autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Es preciso que los jóvenes poetas se penetren de su misión y no traten sólo de imitar. El poeta moderno debe cantar las grandes ideas de este siglo, y no dolores egoístas ni amores desgraciados!

«En vez de dolorosos ayes, decía pocos meses antes de morir don Miguel Luis Amunátegui, en vez de románticas quejumbres, en vez de desesperadas resoluciones de inacción y de suicidio, ensayen nuestros poetas un estilo como el de Núñez de Arce, y no tardarán en observar el inmenso efecto que produce en una juventud generosa y varonil, como la chilena!»

No terminaremos sin recomendarles el estudio, mucho estudio de los clásicos de la poesía, y sobre todo de Horacio. Sólo así se puede corregir esa verbosidad y esa di-

vagación que se notan en casi todos los poetas chilenos, exceptuados Domingo Arteaga.

Recapitulando, lo mejor que podríamos decir para terminar, sería repetir una estrofa de un notable poeta y orador chileno, que sintetiza nuestro pensamiento de una manera mejor que la en que podríamos expresarlo:

«La misión del poeta americano
no es exhalar su canto entre las flores,
ni en egoístas, lánguidos amores
exhalar himnos de mortal dolor.
Es cantar á la América sus luchas,
su porvenir espléndido, su gloria,
y el hurra varonil de la victoria
y el reto al despotismo, á la opresión!»

1888.

SER CÉLEBRE

—Ta, ta, ta.

—Adelante.

Abrióse la puerta y apareció un mozo de unos veinte años, alto, flaco, sobre cuyo labio apenas sombreaba un pequeño bozo.

—¿El señor Pepino Achicoria?

—Servidor de Ud.

—Muy señor mío. Señor, acabo de llegar de mi pueblo á estudiar leyes en la Universidad...

—Muy bien.

Y traía una carta de mi padre dirigida á Ud. Aquí la tiene.

Me calé los anteojos, ofrecí una silla á mi visitante y leí la carta, que decía:

“Querido Pepino:

Mi hijo Agapito parte hoy á Santiago, y, de veras, tengo miedo por ese chiquillo;

porque, tú sabes, la capital es un camino peligroso, en cuyas zarzas el joven sin experiencia deja muy á menudo su honor—y su salud. Así es que desearía que tú le aconsejaras, que le advirtieras cómo debe conducirse; y al fin, ¡que diablo! el chico es inteligente y si estudia puede llegar á ser algo. Tú, como viejo literato, le podrías indicar los medios más fáciles para llegar á ser célebre; en fin, tú me entiendes.

Favor que te agradecerá tu amigo.

Cosme Repollo.»

—¡Hola! con que Ud. desea llegar á ser célebre, ¿eh?—Pues bien, la cosa es más fácil de lo que parece. Pero, ante todo, ¿Ud. quiere hacerse conocer en la política ó en la literatura?

—En las dos, señor, si no hay inconveniente, dijo el joven sonriéndose.

—Ninguno, amigo, ninguno, le contesté. Su franqueza me ha agradado y yo le ayudaré á ser una notabilidad en ambas cosas. Empecemos por la literatura. ¿Ha hecho Ud. versos?

—Sí, señor, muchos; si quiere, le recito algunos...

—No, no, no, acabo de comer.... Después los veremos. Por ahora, vea modo de publicarlos.

—Es que los gastos de impresión...

—¡Eh! no tenga Ud. cuidado; dedíqueme algunas composiciones al Ministro de Instrucción, y el Gobierno le comprará unos mil ejemplares para las escuelas públicas...

—Magnífico. ¿Y qué título les pondré?

—Cualquiera, con tal que sea de una palabra. Están de moda los títulos cortitos. Póngales Ud. *Ayes*, *Lamentos*, *Suspiros*, *Rebuznos*, ó como le parezca.

—Me decido por los *Ayes*.

—Muy bien... En la primera página se los dedica *A Ella*, y en un prologuito dice Ud. que los ha escrito sin pretensión alguna y sin ánimo de publicarlos; que ahora sólo lo hace por ceder á los ruegos de algunos amigos, y que espera que el público se mostrará indulgente con sus poesías por no tener más mérito que ser la expresión fiel de su sentimiento, etc., etc. En seguida, los versos. A propósito, ¿de qué género son?

—Hay de todo, pero predomina la escuela de Espronceda.

—¡Ah, ah! como todos los principiantes. Vamos, es una plaga. Pero no importa; publíquelos Ud. Eso sí, cuide de hacer alguna composición *A la Ciencia ó A la Industria* y vaya apuntando algunas palabras que le voy á dictar, para que las intercale en ella. Ahí tiene papel y pluma. Empiezo: *luz, tinieblas, faro, puerto, estela, Andes, cóndor, arado, progreso, atraso, fanatismo, ignorancia, libre pensamiento, juventud, semilla, germen, polen, surco, cosecha, cerebro, idea*, y en seguida todas las que se le ocurran. Ya verá, ya verá, amiguito, lo popular que Ud. va á ser. No se le olvide hacer una poesía *A la luna* y otra *Al mar*, que siempre están muy en moda. Haga Ud. lo que le digo y sólo con eso queda Ud. como valiente é inspirado poeta.

—¡Cuánto le agradezco sus consejos, señor! dijo el joven conmovido; pero mientras tanto, yo desearía emplearme para tener algo para el volsillo...

—Empléese Ud. en el Ministerio; yo soy amigo del primo de la cuñada del difunto

hermano del Ministro, y le puedo hacer algunos empeños...

—Mil gracias, señor; pero, empleado en el Ministerio, ¿tendré tiempo para ir á mis clases?

—¡Oh! no sólo para eso, sino también para cortarse las uñas, y leer los diarios, y aprender el coro de la *Mascotta*...

—¡Qué! ¿se aprende coros allí?

—Es que los empleados tienen tanto que hacer, que, para distraerse, se ponen á cantar zarzuelas... Con que ya le tenemos á Ud. de gran poeta. Escriba Ud. alguna poesía en los periódicos, lea alguna cosa en cualquiera sociedad literaria, ande á la última moda, hágase amigo del cronista de algún diario, publique una paparrucha cada seis meses, y échese á dormir, que ya es escritor célebre. Eso sí, cuide de hacer muchas citas en sus libros, y en todos los idiomas, aunque no las entienda. ¡Oh, las citas!... Yo tengo un amigo que, por seguir ese plan, pasa por una notabilidad literaria. Nada vulgar. Sáqueles parrafitos sueltos á Cousin, Hugo, Schlegel, Littré, Saint-Víc-

tor, Spencer, y sobre todo á Macaulay, que es el bello ideal para las citas.

—Pero es que yo no sé alemán para citar á Schlegel...

—Eso es lo de menos, hombre. Cite Ud. aunque no entienda, porque las citas en castellano son muy mal vistas, y pierda cuidado que el lector tampoco las comprenderá. Si Ud. sigue mis consejos, antes de dos años es un autor notable.—Ahora, cuanto á la política, eso es más fácil aun: todo consiste en hacerse elegir diputado por el Gobierno y en tener un espinazo de goma elástica. Ocupe Ud. su puesto, coma mucho en secretaría, enciérrese en un silencio elocuente, apoye al Ministerio en todo caso, y en la primera evolución va Ud. á parar á los sillones ministeriales.

—¡Oh, señor, estoy encantado! Seguiré sus consejos al pié de la letra! Me despido; no quiero serle más molesto; pero mi gratitud será eterna. Adiós, mi querido señor, concluyó el joven estrechando con efusión la mano que yo le tendía.

—Adiós, amigo, y cuando sea ministro, vea modo de colocar un retratito mío por

ahí en el salón del Consejo de Instrucción Pública.

Despidióse mi novel visitante y yo volví á mi sillón de trabajo.

1889

EL ÚLTIMO ABENCERRAJE

TRADICIÓN

Había en cierta ciudad del lejano Oriente y en uno de sus barrios más populosos, un gran edificio de estilo árabe, carcomido por el tiempo, cuyos ajimeces y caladas ojivas eran la admiración de la gentes.

Allí vivía alejado del mundo un hombre ilustre, en cuyas venas corría ardiente la noble sangre de los califas, de aquellos altivos moros que dominaron la España y fueron después arrojados de ella por los godos. Era el último representante de aquella raza poderosa, el último retoño de aquel árbol secular: *el último Abencerraje!*

Su nombre era Sidi-Abdul en la armoniosa lengua de Mahoma; pero los cristianos le llamaban Clavija. Era bello como la primer sonrisa de la alberada y oloroso como

la *flor de la perdiz*, que en la primavera tamiza los campos de aquellas lejanas regiones.

En su sombría morada vivía del pasado: recordaba los hechos gloriosos de sus abuelos, cuando, alfanje en mano, recorrían el mundo predicando la divina religión de Mahoma.

En sus ratos de ocio, leía el Corán. Allí en su decorado aposento, guarecido por finísimas pieles y rodeado de odaliscas, estudiaba el libro sagrado.

Por las noches, salía á contemplar el cielo, y á leer en las constelaciones de las estrellas, y á llorar la decadencia de su raza. Allí, á la luz de la luna, se le abría tomado por el *muezzin* en el minarete de su mezquita, llamando al pueblo á la oración.

Era un gran hombre Sidi-Abdul. No tenía inteligencia ni carácter; apenas sabía leer; pero era el *último Abencerraje!*

Por desgracia, Alá no permitió que continuara este estado de cosas. ¡Benditos sean sus designios!

Un día llegó un emisario á la morisca mansión. Venía en nombre de su rey, que llamaba á su presencia á Sidi-Abdul.

Este se inclinó en señal de obediencia, y mandó preparar uno de sus mejores camellos para enviarlo de presente á su soberano.

El rey obedecía al nombre de Beley-Zamir. Era flexible y ondulante, como una palmera del desierto, y de sonrisa dulce como un dátíl. Su corona de cartón dorado y su luenga cabellera le hacían parecer un rey de naipe.

El monarca era un gran tunante: hipócrita, desleal y tirano. La gente honrada se había separado de él y sólo los pícaros y traficantes le rodeaban y explotaban.

Beley-Zamir, en esta situación, necesitaba un gran chambelán que defendiese su política, y, después de grandes cavilaciones y de consultar á los magos y adivinos del reino, se decidió por Sidi-Abdul.

La ambición se apoderó de éste. Al fin y al cabo, se aburría en su Alhambra, mientras que de gran chambelán tendría honores y gangas.

Aceptó, ¡oh dolor! el elevado puesto, y plugiera á Alá que nunca lo hubiese hecho!

Él, descendiente de los califas, se vió des-

preciado de la gente y en medio de los pícaros y traficantes. Tarde conoció su error.

El pueblo, que en aquel lejano país es pacífico, pero que á veces se exalta, arrojó á latigazos de su palacio á Beley-Zamir y sus secuaces, y Sidi-Abdul tuvo que refugiarse, como gato escaldado, en su morisca mansión.

¡Día nefasto!

Cuentan las crónicas que por las noches se veía en el solitario minarete de aquella Alhambra un hombre que miraba al cielo, y suspiraba, y derramaba abundante llanto, lamentando no haber sabido portarse dignamente, como sus abuelos, los califas.

!Era *el último Abencerraje!*

1890.

LA ESPOSA DEL VISIR

TRADICIÓN

El año 837 de la Hégira, según añejos documentos que un sabio orientalista francés acaba de descubrir, reinaba en Persia el sultán Serím *el Magnánimo*.

En Teherán, la ciudad brillante rodeada de palmeras y terebintos, tenía el *shah* su palacio real, en cuyos patios variadas fuentes y jardines refrescaban el aire.

En aquella regia mansión, en donde el oro, la seda y el pórvido deslumbraban la vista, vivía el soberano con su corte. Allí tenía su *harem* y ningún profano podía poner su impura planta en el umbral.

Sin embargo, y á pesar de su poderío y grandeza, Serím no era feliz. Se diría que estaba aburrido, hastiado. Consumíase lentamente, como una lámpara, sin que la ciencia pudiera averiguar la causa. Estaba triste,

pálido como una azucena y su grandes ojos negros vagaban como los de un sonámbulo.—Los negocios políticos no le preocupaban y las odaliscas bostezaban sobre sus ricos tapices, bajo el ojo vigilante de los eunucos, porque su señor no se dignaba llamarlas á su cámara.

¡El *shah* se muere! decíanse por lo bajo los cortesanos.

¡El *shah* se muere! corriase de voz en voz por toda la Persia, entre el asombro y la consternación de los fieles súbditos.

Y todos miraban con temor á Saphir, ese débil niño de ocho años, llamado á suceder á su padre en el glorioso trono.

En vano que Serím fumase á todas horas su larga pipa de oro, cargada *hatschisch* para embriagarse y olvidar el misterioso mal que minaba su existencia. El mal seguía adelante.

Un día el sultán dijo á los grandes de la corte:

—Que vengan los sabios, los adivinos y los doctores de la ley.

Emisarios partieron en todas direcciones por el reino.

Á poco llegaron los doctores, adivinos y sabios. Prosternáronse á la presencia del *shah* y besaron con veneración sus chinelas de seda.

Serím mandó que se le dejase solo con los sabios. Los cortesanos se retiraron, retrocediendo, al aposento vecino, desde donde alargaban las orejas y el cuello, como unos gansos, tratando de ver y escuchar á través de los tapices que cubrían las puertas.

El sultán habló:

—Es menester, ¡oh doctores! que averigüéis, por medio de vuestras cábalas y nigromancias, cuál es el secreto de mi malestar y abatimiento; porque os aseguro, por el alma del profeta, que ni yo mismo lo sé.—Aquél que me lo diga, será colmado de honores, le vestiré una túnica de seda y le ceñiré una cimitarra de oro. Si no hay entre vosotros quien dé con el secreto, seréis arrojados al mar dentro de un saco.

Los doctores quedaron aterrados, y por de pronto pidieron un plazo para reflexionar y consultar los espíritus favorables.

Concedido que aquél les fué, se prosternaron en tierra, con los pulgares dirigidos.

hacia el oriente, y quedaron sumergidos en un piadoso éxtasis.

Al día siguiente, comparecieron nuevamente á la real presencia.

Previa la venia del sultán, el más viejo habló:

—¡Oh *shah*! tú sólo eres grande y tu poder deslumbra á los más poderosos soberanos, como el sol oscurece á las estrellas. Oye con benevolencia á tu siervo y acoje con agrado su opinión. Tú, oh gran señor, descendiente de Elam, estás enamorado y desconoces tu pasión. Amas á Zulema, la mujer de tu visir Nisor.

El sultán se inmutó de pronto, pero luego dijo:

—Ven, ¡oh sabio! te concedo el honor de que beses mi mano. Tendrás la túnica y la cimitarra y serás el tercero de mi reino.

—Haz venir á mi visir.

A los pocos instantes se presentó Nisor, y prosternó la cerviz y besó las babuchas del *shah*.

—Visir, díjole Serím, hasta ahora no he querido convencerme yo mismo de la pasión que me consumía. Hoy este sabio ha descu-

bierto mi secreto. No quiero sufrir más. Debes sacrificarte por su soberano y por la salud del reino. Dame á tu mujer Zulema. Será la primera de mis ciento cuarenta odaliscas. Tú en cambio, serás conducido á mi *harem* y allí escojerás entre todas la que más te agrade para esposa. Hay allí bellezas pálidas como el lirio y morenas como el jacinto.—Tú serás el primer mortal que goce del honor de penetrar al *harem*.—Si, lo que no espero, te niegas á hacerme este pequeño servicio y correspondes de tan mal manera mis favores, serás arrojado al mar dentro de un saco, como las adúlteras.

Nisor se echó á los pies del sultán llorando amargamente.

—¡Oh, gran señor! le dijo, sé tan magnánimo como te llaman; pídemelo que quieras; pídemelo la vida y la sacrificaré á tus plantas; pero no quites á mi existencia el amor, el alma, el rayo de sol. No me quites á Zulema, y Alá derramará sobre tu cabeza sus bendiciones.

—¡Sabio! dijo Serím al doctor viejo de barba de chivo, explica á este hombre su

deber. ¿Qué dicen al respecto el Profeta y los legisladores?

—Mahoma, oh altísimo sultán, ordena la sumisión y acatamiento que un súbdito debe guardar á su señor, Zoroastro...

—Basta, interrumpió el *shah*.—Nisor, tienes dos horas para decidirte: ó me concedes á Zulema y te daré una de mis odaliscas y te colmaré de honores, ó te hago echar al mar. Decide.

Retiróse el visir humildemente, entre las risas de los cortesanos, que le decían cuchufletas al pasar, porque le aborrecían por ser altivo y orgulloso,—como todo los visires.

Al alejarse del palacio, Nisor rasgó sus vestiduras, en señal de amargo duelo, y se cubrió de ceniza y en este estado llegó á su casa y penetró inconsolable á su apocento.

Allí estaba Zulema tendida en el suelo sobre un rico tapiz, aspirando soñolienta y voluptuosa el perfume de ámbar que exalaban ricos pebeteros, mientras dos esclavas medio desnudas danzaban al són de panderos con movimientos cadenciosos y lánguidos.

La mujer del visir era hermosa sobre toda ponderación. Sus grandes ojos negros parecían vagar por el espacio. Soñaba despierta. ¡Qué hermosa era, así descuidada, y pensativa!

Allí cerca una fuente lanzaba al aire sus cristalinos chorros, y mas allá, en la puerta estaba un eunuco de pié, negro, los gruesos labios contraídos, los ojos inanimados, como un buey.

Nisor penetró allí dando alaridos de dolor. Zulema no se inmutó.

El visir se hincó á su lado, le besó la frente, la boca, las megillas.

—¡Zulema, esposa mía Zulema! exclamó con profunda congoja, el *shah* nos manda separar. Te ama y te quiere por esposa. Tú no le amas, ¿verdad?—Nó, tú eres mi vida, mi amor, mi rayo de sol; tú no quieres dejarme solo. Zulema, dime que no le amas. Dime que prefieres la muerte.

Ella seguía mirando el cielo azul con sus ojos negros.

—Dime, prosiguió el visir, que quieres morir conmigo. Yo me daré la muerte antes que consentir en separarme de tí y verte en

los brazos de otro, aunque sea mi soberano.

—Esposo mío, dijo ella, yo te amo, tú lo sabes; pero, ¿por qué no obedeces la orden del sultán?...

—Antes la muerte, exclamó Nisor; ambos nos la daremos é iremos á gozar eternamente en el paraíso de Mahoma. Estaba escrita mi triste suerte en el libro del destino. Zulema, yo me mataré primero, para no verte morir. Después tú te hundirás esa daga en el corazón y me seguirás al eterno camino. Dame el último beso, y hasta luego.

Dijo, y, saliendo del aposento, tomó su cimitarra y se degolló.

.....
Dos días después, Zulema era la esposa del sultán.

¡Alá sea bendito!

LAS MUJERES

Las mujeres son como las rosas: que entre sus verdes hojas encubren agudas espinas.

Las mujeres son como los niños: tan luego ríen como lloran; se las engaña con un dulce.

Las mujeres son como los melones: es difícil hallar uno bueno; algunos salen desabridos, otros verdes, otros pasados; pero si se encuentra uno bueno, cuánto se saborea!

Las mujeres son como los gatos: arañan cuando se les hace cariño.

Las mujeres son como las alcachofas: hay que desprender muchas y amargas hojas para llegar al corazón



Los salvajes consideraron á la mujer como esclava; más tarde se la consideró como

hembra; ahora se la tiene como compañera, sin que falten enamorados que las consideren ángeles!

Es una ley de la historia que á medida que la humanidad progresa, la mujer asciende en su condición moral con respecto al hombre; y hay quienes miran sólo el estado social de la mujer para deducir el progreso y las costumbres de un pueblo.

Ergo, luego las veremos diputadas y municipales!

*
* *

Las mujeres han ejercido poderosa influencia en el desarrollo de los acontecimientos humanos.

Una mujer encendió la guerra de Troya; una mujer fué causa de la de las dos rosas; otra, María Antonieta, precipitó con su obstinación la revolución francesa.

Eva fué la causa de la perdición del primer hombre, según la leyenda bíblica; ¡y lo peor es que hay tantas Evas en el mundo!

Mujeres fueron Beatriz, Laura, Leonor, Fornarina, las que inspiraron á los grandes poetas y artistas.

Mujeres fueron Elena, Cleopatra, Lucrecia Borgia, Margarita de Borgoña; mujeres fueron Judith, Juana de Arco, Mme. Roland; mujeres, Magdalena, Santa Mónica, Santa Teresa; mujeres, Hypathia, Aspasia, Mme. Staël, Emilia Pardo.

Mujer es la hermana de caridad; mujer es la madre!

¡Qué sería del mundo sin las mujeres!

* * *

¡Cuánto no se ha dicho y escrito sobre ellas!

Millares de libros se han inspirado en este eterno tema. Desde la antigüedad ha tenido detractores implacables y apologistas ardientes.

Desde la Biblia hasta San Jerónimo y desde Sócrates y Diógenes hasta Michelet y Severo Catalina, casi todos los escritores han dedicado páginas y libros á la bella mitad del genero humano.

Las más diversas opiniones se han emitido; ha sido considerada como ángel y como demonio, como todo y como nada, como luz

y como sombra, como término medio, como pasatiempo, como... etc., etc.

Resultado: que nos hemos quedado tan á oscuras como antes.

¡Quién entiende á las mujeres!...

1891.



—

